



Universidad de Chile

Instituto de la Comunicación e Imagen

Escuela de Periodismo

CAMINANDO EN CÍRCULO

Cuatro historias vinculadas al consumo de pasta base en Chile

FELIPE FAÚNDEZ MANSILLA

SEBASTIÁN VERA GAMBOA

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA

Categoría: Crónica y Entrevista

Profesor Guía: María Eugenia Domínguez

Santiago, Chile

Agosto de 2017

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	3
A PARTIR DE UNA CONDENA	8
LA HISTORIA QUE SILENCIÓ A UN PUEBLO	29
ESPERANZA APREHENDIDA	44
CAMINANDO EN CÍRCULO	55
CONCLUSIÓN	66
BIBLIOGRAFÍA	68

INTRODUCCIÓN

*La verdad es que yo la dejo cuando me de la gana
y si todavía no quiero es porque la turri te acerca al nirvana
así lo veís más cerca como que podís tocarlo
es un by pass al paraíso
el hongo de hiroshima descrito en tu cabeza
como cinco upercat directo al hocico en coro pichicata
es narcotizar las neuronas
dejarlas flotando suspendidas y desconectadas una de otra
preguntándose ¡dónde voy yo! ¡dónde voy yo! ¡dónde voy yo!
a ver si podemos con el rompecabezas
¡dónde voy yo!
te digo que también te quita el hambre y te devuelve angustia
y un sudor en las amígdalas que te pide más
¡un mono conchemimadre! mi reino por un mono
pero yo la dejo cuando quiero
ven a fumar conmigo
yo te invito
el siguiente lo invitas tú
y el próximo quién sabe quién (Barrales, 2007, p.4)*

La belleza de contemplar un árbol después de la lluvia o tal vez una concha de caracol frente al mar, puede advertirnos sobre un poema que se está escribiendo en algún rincón del universo. El verdadero problema de hoy sería no tener la posibilidad de apreciarlo en este instante. Somos testigos de la devastación en las poblaciones de nuestro país provocada por la entrada desde finales de los años ochenta de la pasta base de cocaína. A causa de ella, hoy los niños ya no juegan serenos en las calles como en el Chile de ayer.

Caminar por el barrio y observar el delirio de la desesperanza en el que caen los fumadores de pasta base es una experiencia que trae consigo varias consideraciones de todo nivel, donde no queda espacio para la indiferencia. Es por ello que hacemos el esfuerzo en este trabajo de convertirnos en portavoces de cuatro personajes, dos mujeres y dos hombres, cuyas historias se juntan por el punzante flagelo de la pasta base.

Los relatos aquí expuestos fueron abordados desde la mirada de dos autores diferentes que observan de manera crítica su entorno, siendo testigos vivos de la rudeza con que éstas historias cotidianas comenzaron a germinar, una frente a otra, situadas en dos puntos disímiles de esta larga y angosta faja de tierra. Pensando siempre en el sentido que le atribuimos a nuestra vida y la de los demás, aseguramos que en las siguientes páginas encontraremos una nueva lectura de lo que significa coexistir realmente en Chile frente a la presencia de la pasta base, quizá una de las sustancias más dañinas e implacables que puedan existir.

Cabe señalar que nos situamos desde un punto de vista que no nos deja solamente como espectadores pasivos, pues nos encontramos dentro un contexto en el que habitamos cotidianamente con nuestros entrevistados que son la vecina, el joven que me encuentro en una plaza, un conocido del barrio, etc. Lo transmitido por los protagonistas de estas crónicas permite introducirnos en una montaña rusa de emociones que transita por la ruta de la desesperanza, del abandono, de la violencia, pero también del amor.

Esta obra no se dirige hacia el terreno de la calificación sociomoral que se le puede atribuir al consumo de ciertas drogas, ya que la intención principal es dar cuenta de la existencia de una sustancia destructiva que arrasa con todo lo que se le atraviesa en el camino. Algo está pasando y pareciera que nada ocurre, y esto porque la condena social del “pastero” es su desaparición tanto a nivel físico como simbólico. Queremos con estas historias devolver la condición de humano a individuos excluidos muchas veces por el mismo contexto marginal donde algunos se desarrollan. Queremos encender esa llama vital que la adicción apagó en seres que caminan, respiran, existen, aunque muchos no los vean.

Estas historias se nos presentan como una punta de iceberg que se resiste a caer, ya que en cada relato damos cuenta de un espíritu de lucha que no se doblega ni decae ante las vicisitudes que depara la oscura vuelta de la esquina. Ha sido el real desconocimiento permanente de esta realidad cotidiana con drogas, al igual que la falta de profundidad de los estudios oficiales y datos cuantitativos, lo que ha motivado éste trabajo sensato, ligero y esperanzador de similares condiciones en lo factual que la vida misma de nuestros protagonistas.

La calle como cuna y escuela

Se pueden establecer similitudes y alcances históricos entre la subjetividad material en donde se desenvuelven éstas cuatro historias y el sujeto que describe el historiador Gabriel Salazar en su texto *Ser niño huacho en la historia de Chile*. Este libro evidencia las dificultades por las que tuvo que pasar la población marginal de nuestro país poniendo énfasis en la configuración social y cultural principalmente de los niños que habitaban el territorio durante el siglo XIX y XX. La ausencia de un padre “apocado, servilizado, apatronado... jefe de un proyecto familiar sin destino ni dignidad” (Salazar, 2007, p.14) junto con una madre repleta de quehaceres ligados al patriarcado y que con desgano se quedaba al cuidado de sus hijos, al menos de aquellos que no había podido abandonar, provocó la búsqueda de un espacio físico en donde pudieran refugiarse en el regazo de alguien, abrigarse del frío con algún fuego vivo por el plástico y cartón encontrados entre la basura, un lugar en donde encontrar lo que en su familia no hallaba. Un hogar al aire libre. La calle.

Cabe destacar que la población es un territorio en constante litigio, donde es lícito pero ilegal el mercado de las drogas y su consumo. No digamos que ésta condición recae para el total de los habitantes del territorio, en donde encontramos ejemplos de dignidad, trabajo y lucha incesante. Sin embargo, a través de esta experiencia más allá de lo literal, nos volvemos testigos de la existencia de atajos pedregosos que a veces se toman por querer alcanzar más rápidos destinos quebradizos pero sin goce, en donde el costo es más alto que la recompensa finalmente. Con la pasta moviéndose, a través de la fácil capacidad de venta por su bajo precio, la droga dejará importantes sumas de dinero en poco tiempo a quien la comercialice.

Con este trabajo poco a poco fuimos siendo testigos del desasosiego frente a casos reales de dependencia a drogas. Ante ésta conducta argüimos que el individuo rompe sus vínculos con su entorno social al punto de querer perpetuar su estado “anómico”, concepto utilizado por el autor francés Émile Durkeim. El Filósofo, aborda desde el estructuralismo aquellos comportamientos de la sociedad moderna considerados como anormales. Explica un tipo de suicidio, al cual denomina “anómico”, que se presenta en una situación donde abunda la desintegración social y formativa en una sociedad, definiendo el término como “falta de normas”. Para el autor, la anomia se produce por cambios drásticos en la estructura social que afectan la forma de vida y las expectativas de las personas, dejando a éstas sin normas que regulen su conducta.

Todas estas maneras de suicidio se darían en sociedades cuyos lazos de convivencia se hallan en situación de desintegración. Para efectos de éste trabajo las historias que pasamos a relatar son manifestaciones reales de esta forma de desarraigo, inherente a la sociedad moderna y civilizada en que creemos que vivimos, que la mayoría de las veces estallan por un acontecimiento traumático al cual no se le pone la atención debida a tiempo, la mayoría de las veces ocurrido en momentos primigenios de la vida.

Entre la ficción y la realidad

Fue la entrevista nuestro método de información más eficaz, ya que cada individuo accedió a recibirnos en la calidez más íntima de su cotidiano facilitándonos la gestión del proceso. De esta manera, creemos a secas que a través de una horizontalidad en la comunicación se genera espontaneidad, y como resultado, la sensatez requerida para el carácter periodístico que acentuamos. Ha sido éste género, la crónica, una forma única y sensible de escritura. Destaca por su versatilidad como estilo, ritmo y capacidad descriptiva frente a sensaciones y lugares. Todas estas características han sido necesarias para poder lograr el objetivo de adentrarnos en el yo interno de los entrevistados, rompiendo el estereotipo del adicto: un individuo peligroso, violento, anónimo y despreciable.

Hasta hoy sabemos acerca de lo nocivo que resultan algunas sustancias que encontramos de manera legal en el mercado, aunque cuando hablamos de drogas más duras la posibilidad de obtenerla no se hace difícil. Bastan mil pesos para conseguir un papelillo de pasta base al otro lado de la cuadra, en aquel pasaje oscuro de la calle. Por qué no hacerlo nos preguntaríamos nosotros, por qué no acabar aunque sea por un segundo con tamaña soledad y desasosiego. Si basta recorrer las poblaciones de nuestro país en donde abunda la escasez material al igual que la violencia sistemática de este modelo económico que por años ha negado los sueños de una mejor vida a miles de éstos “huachos”; sujetos fenecidos como conciencia autónoma que bajo este flagelo ven acelerada su situación de integración con el exterior.

Salir por la noche y recorrer los *guetos* periféricos de la urbe es la expresión más dolorosa de la calle y sus manifestaciones del abandono. Queda a la deriva la persona adicta, deambulando en la desesperanza de un pasado con mejores referencias que éste fútil presente. La noche se apresta para encender una pipa y olvidarlo todo.

Sin embargo la fuerza con que arriban estas crónicas revive un ímpetu inconmensurable que ha sido capturado con detalles por estas dos miradas que escriben desde Santiago y la ciudad de San Felipe. Ellos han observado con detención la calle y sus recovecos, fiel expresión de que la vida sigue a pesar de todo lo malo, de las caídas y desaciertos, evidenciando aquellas imágenes que demuestran -de una vez por todas- que en muchos hogares aún no desaparece la llama de la esperanza y el triunfo por la vida.

A PARTIR DE UNA CONDENA

(Alejandra - 49 años)

Nunca estuvimos a la altura de vuestro corazón
menos de palpar el hambre de los tuyos,
la conciencia del amor perdido entre los añecos,
ésta imposibilidad de olvidar los años de tus manos enrojecidas.

Sin embargo seguimos por el desierto de los placeres
que joven y repentinamente
te vio caer entre blancas ilusiones,
para un día sin contemplación
asignarte estos gélidos muros de la noche
en donde apenas se entibia un murmullo
y las lágrimas,
roen.

Cruzando la avenida Encón una vez vista la hilera de sauces que se enfilan por la bajada del estero San Francisco, se palpita un fuerte viento cordillerano hacia el norte. Las vigas de aquel último puente que se dirige hacia el pueblo de Putaendo, ya le conocen. Ávidamente, el espectáculo natural remecía las hojas que desde el suelo observo penetrar en las primeras casas que se presentan de la Villa Santa Teresa. En adelante hablaremos de la población Juan Pablo Segundo. A un costado del primer pasaje doblando a mano derecha, se ubica un llano longitudinal que en los próximos meses se convertirá en la prolongación de la segunda etapa de un conjunto habitacional de periferia, comenzado a edificar en a fines de los años noventa, convirtiéndose así en atisbo del incipiente barrio poniente que nace para la ciudad de San Felipe.

He escogido visitar a Alejandra para la hora de la siesta. Taciturno por la incesante ola de calor que remece este rincón de la provincia, en medio de una búsqueda desierta observo como dos perros café color terracota se acercan inquietos a mis pies. Sin detenerme, caminamos en línea recta guardando silencio junto a ellos, balbuceando tímidamente el número de casa de nuestra anfitriona quien me espera pasado las cuatro de la tarde. Hoy es día sábado y es a través del silencio de la tarde que logro recordar que guardo aún el número de teléfono de Alejandra en mi celular. Mientras, escucho queltehues entonar un coro polifónico de melodía constante y primaveral. Una vez sumergido en el silencio del vacío aledaño uno de nuestros vigías de cuatro patas se altera ante nuestra presencia, salpicando un fuerte y bravío ladrido. Como si hubiera visto un

felino sobre su rabo, el canino adyacente imitó la acción de inmediato, exacerbando más aquel ruido apabullante.

Comienzo a pensar en Alejandra y su rostro que aún desconocía. Sólo recomendaciones caseras y halagos premonitorios configuraban hasta ahora la imagen mental de nuestro recibimiento. Los perros entre la desesperanza de la tarde, los treinta y siete grados de calor sobre sus cabezas y la tierra corriendo en remolinos, menos se detienen. Es más, enfurecen con los tibios pasos que compungidos realizo esta altura de la tarde. Sin duda me encuentro en un sitio al cual desconozco por completo.

Desde el fondo del pasaje, en forma de estruendo cordillerano que cruza la montaña silenciando el tiempo, una expresión del lugar alteró en medio segundo la población entera. Lentamente subo los ojos, sin descuidar alguno de mis movimientos frente a los perros, y saboreando la vista a contraluz doy a lo lejos con una silueta apoyada en un grifo. Desde ese momento, no recuerdo por qué sentí que la tarde comenzaba a refrescarnos. De pronto, la desconocida figura me levantaba su brazo izquierdo, repite nuevamente el silbido adicionado y con postura erguida anuncia mi nombre desde el final de la cuadra...

-¡Felipe! – escucho desorientado a lo lejos, engrifando mi entusiasmo al percibir aquella voz que emergía insospechadamente desde la luz. Poco a poco me acerco a esta persona -a la cual sólo conocía aún de nombre- quien rápidamente se define ante mis ojos mientras el sol se despliega vacilante por las paredes del cerro Tabaco. Ya con la vista clara veo a una mujer que aguarda junto a un perro, de cuerpo delgada y bastante erguida por sí misma, aunque su rostro detonaba preocupación a la vez. Ella está sonriendo en cada instante que le observo, y de momento casual dibuja caminos con el humo de su cigarrillo entrecortado mientras pulula una que otra carcajada ante mi presentación extraviada de hace un rato atrás. Al acercarme a su lado le tomo la mano y observo su rostro en detalle. En la memoria recuerdo aún sus manos delgadas y frías.

Alejandra que es la protagonista de ésta impostergable historia considerada por quienes escriben, me recibe con un fuerte abrazo y rápidamente es como estar en casa. Mirándonos con atención pregunta por mi madre, María Ester, quien fue una de las gestoras para dar

a conocer esta historia. Desde unos pasos junto a la esquina de nuestro recibimiento Alejandra señala la orientación de su casa próxima a la mitad de la cuadra siguiente, dirección en donde nos detendremos en un momento más. Así, comenzamos a caminar en línea recta antes de que el sol derrita nuestras cabezas. Por cierto, no se divisa ningún cuadrado de sombra disponible para detenernos y descansar. Una vez avanzados, nos detenemos frente al sitio mientras un niño salta desde la puerta hacia los brazos de nuestra acompañante con un helado mordido hasta el centro que no suelta ni por un segundo de su mano. La puerta queda abierta. Al entrar a la casa, Alejandra enciende otro cigarrillo a pesar de los grados de calor que marca el noticiero que aparece en la televisión. Esta vez, el humo rebotaba desde el techo del living distribuyéndose como nubes hacia los extremos del primer piso de la casa. Definitivamente no volví a escuchar un solo ladrido de perros cuando decidimos tomar locomoción de regreso al centro de la ciudad.

Infancia no correspondida

La villa Los Álamos fue el lugar en donde se desarrolló la niñez de esta mujer oriunda de San Felipe. Acompañada siempre de sus padres, con quienes tuvo una relación basada en el respeto y los buenos ejemplos según nos comenta, Alejandra se hizo cargo de la casa y el cuidado de sus hermanos menores a temprana edad mientras éstos trabajaban fuera de casa el resto del día. “Un sueldo no alcanza para sostener dignamente a una familia en este país” comienza el relato abriendo de par en par sus ojos negros. A los nueve años de edad ya criaba a cuatro de sus hermanos. Ésto sumado a las labores domésticas del hogar. “La gente me decía que para ser tan niña yo era muy responsable. Yo le cocinaba a mis cuatro hermanos y esperaba a mi mamá con la casa impecable”.

En el barrio conocían las virtudes de Alejandra, así como también el cariño que entregaba cuando estaba junto a sus hermanos y padres. Pasaron algunos años y cierto día Alejandra decidió dejar de lado sus estudios para entrar a ganarse unos pesitos de más. En ese entonces ya no alcanzaba con el dinero que traían sus padres a casa porque la familia estaba creciendo. Ahora eran ocho las bocas que debían tener alimento y qué vestir. Poco a poco, la sensación de calor empieza a desaparecer desde el living de la casa, lugar en donde hemos decidido acomodarnos para conversar esta tarde.

Su casa está orientada hacia el poniente de la ciudad, de igual forma que todo el conjunto habitacional que nos rodea. Considerando los treinta y tres grados de temperatura bajo el sol Alejandra nos ofrece un vaso de bebida lemon con hielo. “Recuerdo que mi mamá enfermó veinte días y me tuve que poner a trabajar en una casa particular”, cuenta mientras bebo un sorbo de la bebida que se mantiene aún fresca por tres hielos que resisten aglutinados.

Como la mayor de la familia, a los trece años de edad, se unió para trabajar en las labores domésticas de la casa de sus empleadores -los “patrones” como les llama- quienes le tomaron mucho cariño una vez que su madre volvió al trabajo al recuperarse de un complejo estado de salud que le afectaba. Alejandra relata que se hizo sus primeros pesitos en aquella casa. Tanto fue el cariño que le tomaron sus jefes que un día le propusieron irse a vivir con ellos a Italia para que esta pequeña tuviera la oportunidad de estudiar y recorrer Europa. Sencillamente ella no lo podía creer, y por las noches no hacía más que contar los minutos para subirse a ese avión y partir lejos de Chile.

Como toda historia la multitud espera ansiosa la parte triste. Cuando fueron en búsqueda del permiso para viajar y salir del país fue su padre quien se opuso rotundamente. Ella lo enfrentó con vehemencia, pero no ganó esta vez. Pasaron días, y ya resignada ante la negativa, Alejandra volvió nuevamente a su casa abandonando aquel trabajo pero ahora de manera definitiva.

“En esos tiempos la situación no era como hoy en día porque las personas y los jóvenes eran tranquilos. No había drogadicción y menos existía la pasta base”, comenta Alejandra mientras baja corriendo por las escaleras el pequeño Rodrigo -el menor de sus hijos- quien rápidamente salta a sus brazos sin siquiera divisarme. Mientras tanto estoy mudo, haciendo como que no existo. Su madre lo regaña inmediatamente por no saludarme. Le digo que lo deje, que es un niño, que tiene cosas más importantes que hacer. El pequeño Rodrigo, haciendo como que la escucha, baja su mirada y se queda fijamente atraído por lo que traigo en mi mano. Le llama la atención el dibujo de un pitío que cubre la portada de mi cuadernillo de notas. Rodrigo es un niño increíble. Este año pasó a tercero básico en la escuela Bernardo O’Higgins. Mi madre me cuenta lo que hace en la escuela, ya que

desde hace dos años es su profesora jefe. Dice que es un caos pero que brilla por su inteligencia en las clases de matemáticas.

A Alejandra le pregunto por el amor en su vida y me ha confesado que no ha sido bien correspondido. Pese a casarse con el padre de sus ocho hijos, Alejandra de pequeña estuvo realmente enamorada -en silencio claro- del hermano de quien fue su marido. Al escuchar lo anterior, veo como una colilla de cigarrillo vuela por el piso de la cocina y se esconde en un rincón oscuro que no alcanzo a descifrar. Le miro de repente -con precaución esta vez- y sus ojos brillan al recordar aquel episodio. Una estela de gas se cuele disimuladamente por el living. Nada grave, asegura Alejandra.

Acomodándose en su asiento sube la voz y me asegura que en ese entonces sus actuales suegros -en compañía de su padre- creían que este hombre era un buen partido para ella por ser trabajador y honesto, y no así su hermano el verdadero amor de Alejandra. Lo cierto es que éstas premisas la llevaron a la imposibilidad de estar junto a su enamorado. Al correr los días, fue aceptando -y queriendo sin gran convicción- ésta relación estructurada “más por el dinero y por darle un padre a mis hijos”, sostiene. Alejandra, con voz apagada al término de aquella frase, se mueve desde su asiento hacia el fondo de su cartera en búsqueda de un cigarrillo extraviado que recupera luego de zamarrear de lado a lado el bolsón. De pronto, al parecer intrigada con mis hábitos, me pregunta si le molesta si fuma y yo aprovecho a ver si tiene otro cigarrillo para convidarme.

Decido pararme un segundo del sillón para buscar en mi bolsillo un encendedor que estoy seguro traje. Mientras Alejandra enciende su tercer cigarrillo, penetra un viento que amaina el fuego general. Las cortinas interrumpen la quietud de sus movimientos. En sólo cuatro meses de relación con su marido nace su primera hija llamada Carola. Todo ocurrió un verano, mientras salían a escondidas de sus padres rumbo a las fiestas de la primavera que se celebraban en aquellos tiempos en toda la provincia. Alejandra había cumplido recién los trece años. Al enterarse de la noticia a través de su madre, su padre decidió quitarle el saludo y la palabra por tamaña vergüenza cometida a su entender. No hubo peor castigo que ésta obstinación injustificada destinada a acallar la vida que engendraba ésta joven en aquel entonces.

Considerando los ocho años de diferencia entre los jóvenes que ahora tendrían un hijo, fueron los padres quienes decidieron realizar el matrimonio entre éstos jóvenes para evitar todo tipo de comentarios indeseados. Alejandra, ya con una hija pequeña en brazos, no tuvo otra opción más que irse a vivir con este hombre que se transformó en su marido con sólo catorce años cumplidos, fecha que nunca olvidará ya que en ese mismo momento esperaba en silencio la llegada de su segundo hijo varón.

“Yo por él no sentía nada. No tenía ningún afecto hacia los niños, menos hacia mí como mujer. Yo siempre fui mamá y papá para ellos. Él lo único que hizo fue aportar dinero para la casa. Yo me casé por miedo a mi padre y por tenerle una imagen de padre al lado de mis hijos”. Los motivos de Alejandra abundan en las historias de vida de miles de mujeres chilenas que anteponen su bienestar y dignidad personal por un sostén económico para sus hijos. Ni siquiera para ellas. “De ahí en más la cosa se puso difícil” me cuenta Alejandra, al mismo tiempo que mira fijamente a su hijo dormido y lo toma para llevarlo a acostar sobre el sillón verde musgo que está justo al lado del televisor. Observo al pequeño pasar frente a mí, dormido con los pies elevándose, y me es inevitable no encontrar la similitud física con su madre. Alejandra me relata que al correr de los años la relación con su marido empeoró y el dinero que traía a casa ya no alcanzaba para las cosas de los niños.

Su hija mayor Carola, notaba la necesidad al igual que Carlos –el segundo de sus hijos– quien era el que más hacía verle a sus padres la escasez de recursos que estaban llevando como familia. Sumado a esto, Alejandra debía tener el dinero para pagar mes a mes la casa propia que habían obtenido hace unos meses en la población Santa Brígida, cuando Carola recién tenía un año de vida. “Con mi marido ya no nos llevábamos bien la verdad. Él ganaba poca plata, pagaba la casa, y con lo que me daba realmente no me alcanzaba para comprarle leche y zapatos a los niños. El segundo de mis hijos, Carlos, estaba privado de libertad en ese tiempo. Cometió un error muy joven. Yo iba a verlo pero no tenía nada que llevarle. Él me decía no importa mamita, acá me dan un plato de comida así que no se preocupe.”

La situación que vivía Carlos fue un aliciente mayor para cambiar la contingencia que pasaba Alejandra en esos días. Desde ahora estaba consciente de que afrontaba el presente

sola con sus dos hijos, en un mundo donde debía comenzar a tocar muchas puertas para poder encontrar ayudas. Mientras bebe un poco de té –probablemente frío a esta altura de la tarde- recuerda con nostalgia que fue un invierno en San Felipe cuando llegó una mañana hasta la calle Molina en búsqueda de “Carlitos”, quien llevaba una semana preso en la cárcel. Carlos es su segundo hijo. “Ese día todas las visitas traían algún presente o encargo de los mismos reos menos yo” recuerda, con más de una lágrima bajando por su mejilla mientras permanece sentada. Mi atención está inmóvil, queriendo comprender el menor hecho previsto.

Lo que dejaron las vueltas

Rodrigo duerme y no pretende despertar del sillón del centro del living. Al salir aquel día de invierno del penal, Alejandra recuerda que le aflora una pena tan grande por la frustración de no haberle dejado ni siquiera un pan a su hijo, como todas las personas que asistían aquel día de visitas. De pronto, una señora de altura mediana aparece entre la bruma, luego de algunos esguinces frente al tumulto. Ella le reconoce. Para su sorpresa que despertaría unos minutos más tarde, la mujer comienza a seguirla desde atrás del grupo. Cabizbaja queriendo no llamar la atención del resto Alejandra sale con rapidez hacia la calle Molina, escabulléndose entre la multitud para evitar ser vista sin mirar siquiera a los costados de la avenida para cruzar a la avenida O`Higgins. La desconocida, al reconocerla minutos antes de entre el grupo, decide llamarla por su nombre. De esta manera, Alejandra se da por aludida que es una vieja amiga a la cual no veía hace mucho tiempo.

Esa mañana estaba fría, recuerda, y desde enfrente se podía sentir el pálido y gris tinte con que aquellos muros de Molina separan la luz que brota del invierno, delgada y triste aurora. Luego de conversar y preguntarle sobre qué le había pasado, que por qué razón lloraba desconsolada a la salida del recinto penal, ésta persona que acababa de presentarse decide invitarle a compartir un té en el negocio de la esquina para dialogar con más detalle. “Justo comenzó a llover cuando nos sentamos a conversar en las bancas de atrás del kiosco naranja” recuerda Alejandra, quien aprovechó de contarle en ese momento la desfavorable situación económica por la que estaba pasando mientras se servían un té con un barros

jarpa. El viento removía los pimientos de la alameda, repartiendo una a una las hojas que desde el suelo cubrían el camino de regreso a casa, marcando con colores aquel lúgubre sendero.

“Yo te puedo ayudar de una manera. Te puedo pasar algo para que le hagas almuerzo a los niños ahora y después te puedo pasar negocio para que trabajes”. Esta fueron las palabras que le dijo esa mañana aquella señora a Alejandra, a quien ahora recordaba con más claridad ya que le conocía desde hace años atrás en su barrio por lo generosa que era con sus vecinos y amigos. Ante cualquier adversidad, ella les ofrecía una mano siempre que podía y tenía algo que darles. Sin embargo, lo que no sabía Alejandra es que esta nueva amiga con la cual se había reencontrado vendía desde hace años pasta base y marihuana prensada. El negocio resultaba desconocido para Alejandra en esos días. Más aún las sustancias involucradas.

Al despedirse de su amiga se le entrega la dirección donde pudiera ubicarla en un futuro próximo. Luego regresa lentamente a casa pensando durante todo el camino la manera en cómo iba a contarle a su marido lo sucedido. “Seguramente lo tomará mal y se enfadará conmigo” pensaba, mientras avanzaba por calle Prat rumbo al norte de la ciudad.

En aquel momento no sabía nada acerca de drogas duras. Sí sobre marihuana, que abundaba el material en esos años. Ni siquiera los noticiarios comentaban el tema. Al llegar a su casa, divisa a su marido frente al televisor y le cuenta lo ocurrido hace un par de horas en las afueras de la penitenciaría. El hombre, sin provocación alguna – más exaltado que sereno- reacciona enfureciéndose con ella por la situación relatada. “No tuve tiempo de discutir ni menos de preguntarle porqué con todos los garabatos que me lanzó”. Dos zorzales que se posan frente a la ventana de la cocina miran nuestra mesa servida. Pasaron los días y el frío cordillerano ya comenzaba a bajar al pueblo quemando la piel por las mañanas. Parronales y arados han debido aprender a protegerse de éstos días. En aquel momento ninguno de los de la familia de Alejandra esperaba que en esa respuesta recayera el punto de inflexión de sus destinos.

Una tarde de la semana siguiente, cerca de las siete, Alejandra planchaba ropa en casa cuando vio entrar cabizbajo a su marido. Pasando la puerta de la cocina el hombre le contó

que acababan de despedirle del trabajo. En la televisión, hablaba al país el Presidente de la República en cadena nacional. La entrega de aquella noticia terminó violentamente de nuevo. Los siguientes dos meses que vinieron fueron los más agudos que recuerda hasta ahora. “La vi súper fea. No tenía ni para comprarle leche a mis hijos ni para pan. Todos pasamos hambre. A mí no me importaba yo sino mis hijos que pasaran hambre”.

Para esa fecha el cielo se acercaba al más puro negro debido a la acción de las nubes que se fundían desde los cerros del norte hacia el centro de la ciudad. En cosa de minutos comienza a llover a cántaros en la población Santa Brígida. De madrugada, Alejandra toma desayuno en silencio para que nadie la escuche. Los niños duermen. Al despertar su marido y salir en búsqueda de un vaso de agua, Alejandra le aborda pidiéndole doscientos cincuenta pesos para ir donde una amiga. El año ya estaba por acabarse dentro de unos días.

“Ese día ninguno de los dos sabía lo que comerían nuestros hijos y nosotros mismos”. Al bajarse del colectivo -como puede según recuerda- camina en dirección a la casa de su amiga que le había ofrecido la ayuda. Aún guardaba el papel arrugado con la dirección en algún lugar de su cartera. Minutos más tarde, ya luego de tocar la puerta, aparece la mujer que tanto esperaba ver. Al verla explota en llanto, expresando:

- Ya no doy más con todas las miserias que estoy pasando. Mi marido me dijo que no pero sabe qué, voy a hacerlo, ya no por mí, voy a hacerlo porque no quiero ver sufrir más a mis hijos. No puedo soportarlo más.

La nueva amiga vio tan decidida a Alejandra en ese momento que quedaron de reunirse en media hora más a la vuelta del almacén de la esquina para hacer el intercambio. La verdad es que lo que más le preocupaba a la proveedora en este caso, era la forma en cómo vendería la marihuana que le había pasado en aquel rollo de papel de diario La Tercera. Rápidamente la guardó en su cartera una vez entregada. Su amiga cruzó la calle y llamó a un joven de tez morena que se resguardaba frente a uno de los grifos del pasaje de la vuelta de casa. “Ella me llevó con un joven que me enseñó cómo tenía que moler, cortar y empaquetar las bolsas. Éste mismo joven corrió la voz por el vecindario que de ahora en adelante yo tendría a la venta”.

Nada personal, es el negocio

La tarde baja en sus horas y aparentemente es tiempo de una segunda taza de té. Le ofrezco galletas de chocolate una vez servida la mesa sin embargo prefiere encender otro cigarrillo. La primera taza de té aún permanece llena. En los días que siguen esta historia Alejandra narra haber dado varias vueltas por aquella esquina. Dice que volvió cinco veces más a buscar ya que se iba como pan caliente. Entre vuelta y vuelta, fue así como su marido -aún sin trabajo- terminó por enterarse de la situación. “Con la pura marihuana yo empecé a juntar plata y plata. Puse reja en la casa, agrandé mi casa, le hice dormitorios a los niños. Llegué a construir cuatro dormitorios y logré sacar a mi hijo de la cárcel pagándole a un abogado”. Al ver los cambios en la casa y las cosas que le conseguía a los niños, su marido fue aceptando la idea. Sin embargo, con el pasar del verano la venta se puso lenta, volviendo a aparecer las deudas y no así los compradores.

“Como que todos se pusieron a vender marihuana, entonces se me fue alejando la clientela que yo tenía”. Un mes después se encuentra con su proveedora quien le pregunta el porqué de su ausencia por la casa en este último tiempo. Alejandra no aparecía por la cuadra desde hace tres días. Al confesarle la baja en la demanda su amiga le interrumpe abruptamente para hacerle una nueva proposición. “Vende otra cosa, vende pasta base. Dile a tu prima, ella sabe, ella está metida hace rato. Dile que te ayude”. Alejandra no esperaba escuchar algo similar. Era lo último en que hubiera pensado. Es más, le asustaba de sólo pensarlo. Sin embargo, el estado actual de su familia y los gastos incurridos la llevaron a aceptar la idea -y esa misma tarde-, espero parada fuera del kiosco de la esquina para la primera entrega que ocurriría a la bajada del sol.

“Recuerdo que ella me pasó una bolsa diciéndome que con esto sí que iba a ganar plata”. Pasaron dos días y Alejandra se puso en contacto con su prima para conocer los códigos que debía saber. Una hora y media demoró la charla, tiempo suficiente para que minutos más tarde hiciera su primera venta en ciento ochenta mil pesos. La verdad es que el paquete le había costado sesenta mil pesos sólo dos horas atrás. Su vecina ya le había advertido que volviera por más cuando quisiera. Incluso en la noches si necesitaba, ya que no había hora para no trabajar. Alejandra hizo valer el mensaje y volvió esa misma noche por tres bolsas más.

Mientras la mercadería se empaquetaba en la mesa del comedor de la casa, Alejandra supervisaba desde el living con un ojo en la televisión. “La gente pasaba directo a una parte de la casa en donde yo tenía a una niña que les recibía la plata y les pasaba lo suyo”. Ésta niña solo me ayudaba, no fumaba ni nada”. A las once de la noche las tres bolsas habían desaparecido de ese living. Sólo ese día logró triplicar la inversión que había realizado.

“Ya al segundo día me traje cinco bolsas temprano en la mañana, porque recuerdo que ésta señora me había dicho que no iba a estar en todo el día, entonces me aseguré nomás. Así que comencé de temprano la venta. A las nueve de la noche de ese mismo día yo ya no tenía nada”. Así, Alejandra comenzó a ir a depositar seguido al banco. Sus hijos ahora vestían de marca y vez que iban al centro con su abuela cambiaban de zapatillas. “Yo les compraba lo que ellos querían” dice, mientras observo como toma de la mesa la primera galleta en toda la tarde.

La cosa es que fueron seis años los que estuvo dentro del negocio realizando a diario viajes por la casa de su amiga en búsqueda de mercadería. De pronto, Alejandra se para de la mesa y antes de cruzar la puerta del baño me jura por Dios -y sus hijos- que nunca se le pasó por la cabeza probar la pasta base. “Yo le tengo miedo a las drogas. Pensaba que me podía intoxicar. Muchas veces vi la reacción de gente que fumaba pasta base y cambiaba mucho. Se ponen muy mal. Entonces yo creo que eso me hizo ganar plata, porque yo conozco gente que trafica y consume pero no se les ve plata ni pasta. Pero yo no, yo aproveché al máximo la plata”.

Las cosas no mejoraron entre Alejandra y su marido. A pesar de que él volvió a trabajar nuevamente en su rubro, ellos vivían bajo el mismo techo al igual que dos desconocidos. Al parecer, a él le disgustaba mucho que Alejandra asumiera la mayor parte de los gastos debido a sus altos ingresos que obtenía. “Yo tenía mi plata y él se sentía envidioso por eso. El sueldo que él ganaba en un mes yo muchas veces me lo ganaba en medio día, sobre todo el fin de semana”. El dinero ya no era problema en esos días, es más, se gastaba principalmente en cosas materiales que desde pequeños siempre desearon tener los hijos y nietos de Alejandra. “Sin mentirle de repente gastaba un millón, un millón y medio, y en pura ropa para todos mis hijos y mis nietos”.

Las diferencias con su marido agudizaron la violencia de pareja, al punto que el hombre enfurecía también cuando estaban los niños presentes en casa. Muchas veces Alejandra calló, sobre todo la vejación psicológica a solas. Fueron años de dolor que nuestra protagonista soportó por el anhelo de darle siempre lo mejor a su familia. Cosa que nunca antes pudo antes entregarles. A tal punto que a una de sus hijas le pagó tres veces el pie para postular a una casa, sin saber que ella en vez de pagar se gastaba el dinero en otras cosas. “A mi hija grande le contraté una nana para su casa nueva. Hasta que salieron de mi casa mis hijas, yo las acostumbé a una vida de gatita chulé, una vida de lujo, una vida fácil que duró todo el tiempo que yo trafiqué.”

Detrás del oro está la carne

Así fue como también comenzó a hacerse querida dentro de su población, ayudando económicamente a sus vecinos cuando tenía dinero incluso de sobra. “Nunca se sabe cuándo la cosa va a andar mal de nuevo” me dice y de pronto, comienza a sonar su celular estrepitosamente. En un segundo se levanta a contestar a la cocina. De un tiempo a esta parte Alejandra ya era querida y protegida dentro de su población. Eso la mantenía tranquila –no precisamente por las noches- momento en que a pesar del riesgo que ya corría seguía trabajando en función de hacer crecer las ventas. “Si yo podía ayudar a un vecino o amigo, yo lo hacía. Les compraba los tubos de gas a mis vecinas, donaba premios para los bingos que hacíamos acá, les daba para comprar mercadería”.

En los seis años de este negocio se vieron cifras económicas más que azules para la familia, hasta cierto día que la pasta instaló animadversiones en el núcleo más íntimo de su familia. “A mí el tráfico me benefició en hartas cosas, sobre todo para cumplirles a mis hijos. Pero me quitó muchas también, porque por lo mismo, yo recién estoy recién recuperando a mi hija.” Alejandra vuelve a tomar su bolso, y desde el fondo de la cartera me ofrece otro cigarrillo, el cual tomo sacándolo desde el borde de la cajetilla. De pronto, se acomoda suavemente en la silla, y con una voz baja de tono similar al susurro me cuenta que a medida que ella se empezó a alejar del negocio de la pasta la policía se le fue acercando más. “Los problemas que a mí me empezaron a alejar fueron otros. Yo empecé a ver que comenzaron los conflictos entre mis hijas mayores. Siempre eran por plata las peleas. Yo en ese momento pensé en alejarme pero ya estaba con la policía encima”.

Mientras se desvanece el final de su cigarrillo, Alejandra se dispone a relatarme los hechos que la llevaron a caer detenida un año en una cárcel de la ciudad de Los Andes. Con eximia memoria, recuerda que ya le habían reventado la casa dos veces antes de que sucediera lo peor. Fue en verano cuando la Policía de Investigaciones comenzó a vigilar los lugares que frecuentaba diariamente. Alrededor de una semana le seguía una camioneta roja doble cabina que palpaba cada movimiento al que incurría desde la esquina de su casa. Por otra parte, la relación con su marido iba de mal en peor. Cierta día, al verse amenazado por la seguidilla persecución policial que se gestó contra su esposa este hombre fabricó un sentimiento de miedo, que al no poder controlarlo, desencadenaba en violencia contra Alejandra, según me confiesa. “Él no consumía, sólo vendía desde la casa”, dice agregando también que la envidia exacerbó su carácter violento por el hecho de que no tenía la misma habilidad para comercializar la droga que ella. “En ese momento estaba muy mal la relación con mi marido. Ya estábamos en los golpes”.

“Cuando empezábamos a pelear eran primero las malas palabras y después los golpes. Mi marido me pegó tres veces. Ya para la tercera yo lo denuncié”. Durante el tiempo que recibió los abusos siempre evitó que los niños estuvieran presentes. Cuando sufría las agresiones les decía rápidamente a sus hijas que se los llevaran fuera de la casa. “Esto sucedía un tiempo casi todos los días” nos cuenta, mientras veo esconder con sus manos delgadas las lágrimas que trizan sus ojos, evitando que el pequeño Rodrigo la vea. “No me gusta que me vean llorar”, dice entremedio de una acogedora risa que es la risa más bonita que he visto en estos días.

La situación familiar se agudizó luego de la aparición de la policía por su casa. “Recuerdo que ese día yo estaba en Los Andes, en el médico, y vi por el ventanal una camioneta roja con civiles del OS7 que me estaban siguiendo. Yo ya los conocía de veces anteriores. Volví a San Felipe, y en la esquina de mi casa, estaba dándose vuelta la misma camioneta. En ese momento yo le advertí a mi marido al tiro”.

Sin tomar la atención correspondiente, su marido no advirtió la escena que estaba próxima a desencadenarse. “Bueno me voy a cuidarme yo no más. Si tu no me crees no me interesa pero yo en cana no me voy a ir por tu culpa. Si tienes algo guarda todo al tiro”, le expresó en ese momento. A esa altura, Alejandra llevaba ya tres días sin vender

un solo papelillo. El que estaba vendiendo esa madrugada era su marido. Aquel día, recuerda, cayeron doce personas más de la cuadra en el operativo. Alejandra narra que esa noche no le puso la traba de madera que usaba habitualmente como tope para la puerta de la casa ya que su hija mayor se encontraba fuera y volvería en cualquier momento. Con lujo de detalles pero desgarró por dentro, recuerda como si fuera ayer el sonido de una herramienta que hurguea la chapa de la puerta de entrada para entrar efusivamente a la casa. Imagino un sonido punzante que no se detiene, exacerbando su agudeza a medida que avanza la noche.

La puerta de la casa fue derribada faltando minutos para la salida del sol. Sin embargo lo peor estaba por venir. “Cuando a ti te allanan, va la gente que te quiere a ayudar porque te dejan la media embarrada. Llega la policía, te desarman clóset, te botan puertas. Todo. A mí me habían reventado la casa antes pero nunca me encontraron nada. De las tres veces que me allanaron nunca encontraron nada. El que estaba metido vendiendo ese día era mi marido”. De pronto silencio. Absortos ya del ruido, nuestra protagonista se anima a introducir el fervor de una crónica con las venas abiertas. Mientras, saco el paquete de tabaco que guardo en mi mochila para enrollar dos, ya que se acabaron los cigarrillos a esta altura de la tarde. También Alejandra corre a la cocina con el fin de calentar más agua para una segunda ronda de café.

Alejandra arguye que esa madrugada cayeron doce personas más por el OS7 de Santiago en un procedimiento que fue acompañado incluso desde el aire. “Como yo ya tenía una detención caí en prisión preventiva junto a doce personas al tiro. Yo y otra persona quedamos privadas de libertad aquí al lado, en Los Andes”.

De esta manera, al día siguiente fue trasladada a la cárcel de Los Andes, lugar donde pasaría recluida un año por tráfico de drogas. “En ese momento quedó la embarrada en la fiscalía, mis hijas lloraban, pero había que conformarse porque si uno comete errores en la vida hay que pagarlos”. Para Alejandra, el motivo más grande que la impulsa en la vida son sus hijos y el hecho de sacarlos adelante a como dé lugar. Muchas veces ellos no se daban cuenta de lo que su madre hacía para darles qué comer, expresa. “Fue difícil estar en cuatro paredes, dejar la calle y no ver la familia. En ese tiempo estaba el Álvaro y el Rodrigo chiquititos –sus hijos menores– y yo nunca me había separado de ellos, entonces

fue difícil porque nadie los iba a cuidar y proteger como yo lo hacía. En ese tiempo yo decía: “Yo voy a dejar de hacer esto, voy a juntar plata y me voy. Pero la verdad de las cosas es que uno dice y no puede, no puede salir, porque uno va viendo más plata y más plata, y es difícil así...”

Todas las noches se guardaba las lágrimas, tapándose la cara entre las sábanas para huir del resto. Aquel llanto era escuchado en silencio por las oficiales y sus compañeras de cuarto, quienes reconocían el esfuerzo que a diario realizaba por seguir adelante a pesar de su situación de cárcel. Sin duda el momento más triste lo vivió cuando tuvo su primera visita y todos la llegaron a ver desde casa. “Todos me abrazaron y lloramos. Pero el dolor más grande fue cuando terminó la visita y el Rodrigo, mi hijo pequeño, me gritaba: “Mamá, mamá, quiero que te vengai conmigo”. Ese es el dolor más grande que uno puede sentir. Yo no lo he olvidado nunca. Fue la pena más grande dejar a mi hijo”.

Resistir o morir

Es menester decir que Alejandra cayó en una profunda depresión dentro de la cárcel por las noticias que le llegaban asegurando que su marido no se preocupaba por los niños ni por la casa afuera. Incluso se supo que había dejado de pagar las cuentas, lo que generaba problemas con el alcantarillado y los servicios básicos. Este panorama la llevó a prohibir las visitas de su marido, ya que a ella no le faltaban cosas acá así que por lo tanto no sacaba nada con que él viniera a verla si afuera los niños quedaban solos sin comida. “Mis hijas pasaban hambre muchas veces, porque la casa estaba sola en ese momento. Ellas dependían de lo que mis familiares le dieran. Mi marido trabajaba pero no aportaba nada en ese momento”.

Al cumplir un mes interna Alejandra comenzó a prestar servicios a los funcionarios de Gendarmería a través de la realización de trabajos particulares en pastelería y costura. La mayoría eran encargos de oficiales. De esta manera podía mandar todas las semanas confecciones hacia el exterior y así sus hijas los podían vender y tener dinero para la casa. Plata que se ganaba la guardaba la semana entera, para entregársela repartida en partes iguales a sus hijas una vez llegado el día de la visita.

“Recuerdo que en una semana me hice cien mil pesos, porque las suboficiales me tenían buena a mí ya que yo sabía cocinar, sabía pastelería, cocer ropa, de todo. Todas llegaban a mí po’’. Me acuerdo que la suboficial me guardaba la plata, y así, yo les repartía a mis hijas para que tuvieran. Ahí yo me quedaba un poco más tranquila, porque ya sabía que mis hijos tenían para la leche y el pan”. Alejandra comenzó a confeccionar cobertores y cojines, los cuales también vendió ahora sí a un precio mayor ya que requerían de mayor técnica y dedicación en su fabricación. De pronto su hijo mayor llegó visitarle para advertirle que tenía el dinero y podía pagarle un abogado que la sacara de ahí. Ella rechazó la ayuda tajantemente, previniendo involucrar a su hijo y de esta forma decidió quedarse con las abogadas de la defensoría pública aunque la jurista siempre quiso dejarla a tres años como mínimo en la cárcel, no menos. Días después cambió su defensa, abogando por los dieciocho meses efectivos de pena. Finalmente ese tiempo se hizo efectivo dentro de la penitenciaría de Los Andes. “Ahí en la cárcel uno igual tiene teléfono a escondidas, porque si te pillan con uno te vas castigada. A mí me lo prestaban y así yo me comunicaba con mis hijos.”

Cumpliendo el séptimo mes en prisión Alejandra nos relata que la sacan del recinto para llevarla a la fiscalía ya que debía firmar un documento luego de que se emitiera una orden de tutela de sus hijos por abandono. Atónita, le cuesta creer la situación. En el lugar se da cuenta de que su hijo le había pagado un abogado nuevo para que tramitaran el caso en el juzgado de familia. Las abogadas que la misma defensoría le había otorgado, poco y nada habían hecho por ella. Alejandra recuerda que aquel día en el tribunal el abogado la baja del podio, se acerca a ella y en tono misterioso le dice que pedirá que le rebajen a doscientos días efectivos. Confiada a su suerte, cree en él. Sin embargo el juez a cargo no aprobó la moción impulsada. “A mí me tenían sin beneficios por peligro de fuga, ya que mi hijo delinquiró hartó y siempre se intentaba fugar. Entonces por culpa de él me dejaban sin beneficio.”

Ese mismo mes la vuelven a citar a la fiscalía con un nuevo abogado llevando la causa, el señor Bernardino Escudero, quien le informaría la noticia de que le otorgarán diez días de libertad para salir a la calle y luego volver a cumplir los tres meses que restaban de condena. Para conseguir este beneficio sólo debía firmar y hacer efectiva la medida. “Yo

me negué en ese momento, no quise -exclama- porque pensé que no iba a querer volver si salía, entonces iba a ser más complicado para mí. Mejor sigo cumpliendo piola y así le tapaba la boca al juez que me tenía por intentos de fuga. Yo tenía donde irme y esconderme, pero decidí esperar y cumplir los tres meses.”

Alejandra dejó la cárcel el dieciséis de agosto del año dos mil once a las doce de la noche. Desde la escalera se acerca corriendo Rodrigo directo a los brazos de su madre. El pequeño se para frente a ella y mientras su madre le acaricia el cabello desaparece del sitio.

Al momento en que Alejandra retorna a casa, luego de doce meses de prisión, se comienza a gestar la segunda parte de ésta historia. Al llegar encuentra todo desbaratado y patas para arriba. “La casa no tenía agua ni luz, algunos muebles descansaban rotos en las esquinas y el alcantarillado tapado con el agua rebosando”. Alejandra recuerda vivazmente que el día de salida del penal, sus compañeras de pieza le entregaron cincuenta mil pesos que habían juntado desde hace días. La mayoría sabían de la difícil situación con que se encontraría afuera. Con el dinero, al día siguiente fue a cancelar la luz pero no era suficiente por la deuda que se había acumulado hasta ese entonces. Los problemas no se detuvieron ahí ya que su regreso no frenó la violencia de su marido, quien seguía comercializando pasta base desde su casa.

Nuevamente la policía se dejó entrever en la villa. Para colmo, justo ese día Alejandra estaba en casa. Alejandra recuerda que aquella noche la policía encontró cocaína, pasta base y marihuana en la casa. Ante la desesperación, nuestra protagonista relata que se echó la culpa diciendo que todo lo encontrado era suyo. Rápidamente la policía desestimó la afirmación, descartando su implicancia ya que tenían identificada a una de sus hijas a quien se le detuvo. Precisamente ella era la que desde hace un tiempo estaba molesta con Alejandra, incluso desde antes de estar en la cárcel, todo por rivalidades económicas debido al negocio.

Esa noche nuestra protagonista y sus hijas fueron detenidas y llevadas a la comisaría. En el interrogatorio la policía intentó sacar la mayor cantidad de información sobre la procedencia de la droga y quién la distribuía. Alejandra esta vez no sabía nada. Como nos

cuenta, para esa altura ya no tenía que ver con nada de lo que ocurría en casa. “No tengo idea de lo que pasa aquí en el día porque con mi marido no puedo hablar nada porque es pelea. Yo llego en la noche a la casa, me hago un café y luego me acuesto”.

Alejandra bebe un poco de té para continuar. Recuerda que la tensión era apabullante en el salón al momento en que se encontraba declarando. Ya no quedan galletas del centro del living de su casa. Mientras, ella se acomoda sobre su asiento para continuar expresando que a su hija la pasaron a control de detención al día siguiente pero que ella pudo regresar a su casa ese mismo día. Aquella noche la pasó en vela pensando en su hija. Al despertar, familiares y sus hijos mayores la visitaron muy temprano para insultarla con garabatos pidiendo explicaciones por la detención de su hermana la noche anterior. La verdad que estos hijos no querían ver – hasta ahora- era que efectivamente la habían encontrado culpable de los cargos de tráfico por lo que pasaría un año en la cárcel, de igual manera que lo que había pasado su madre. Sin embargo todos culpaban a Alejandra en ese momento de haberla delatado en la declaración dada un día antes, siendo que lo realmente cierto era que no se había dicho ninguna palabra ese día, y menos en el interrogatorio.

Lo que no sabía Alejandra es que la policía le había tendido una trampa al cambiar el contenido de la confesión escrita, el texto presentado al juez respectivamente, por un documento distinto –que ya contenía su firma por supuesto-, explicitando que ella tenía conocimiento de que su hija traficaba en la casa. Nunca le revelaron el contenido de ese papel al momento de firmar, recuerda con impotencia. “En ese momento no lo podía creer. Es mala la policía muchas veces. Usted cree que ellos van a delatar a una persona que les da información o les sapea como se dice, nunca, la van a proteger. Yo fui después a la PDI a decirles. Ellos hicieron una maldad muy grande conmigo. Hasta el día de hoy yo no hablo con una de mis hijas.”

Poco a poco con el pasar de los días sus hijos mayores entendieron la treta tendida a Alejandra y se disculparon. Su hija, aún no la perdona. Ni si quiera se han vuelto a hablar. “Hubo un tiempo que me habló pero ahora no ha vuelto. No me deja ver a sus hijos, les dice cosas para ponerlos en mi contra. Ella se ensañó conmigo, hasta ahora piensa que yo la delaté. Mi hija no cree que la PDI pudo hacer eso, pero ya varios me creen a mí”.

Luego de la detención de su hija, Alejandra no quería volver a saber nada que tuviera que ver con la droga por lo que le urgía salir lo más rápido posible de lugar que había sido su hogar por años. Cierta día decide tomar al pequeño Rodrigo e ir a la comisaría para demandar a su marido y separarse definitivamente. Esa misma tarde ordenó sus maletas y salió con su hijo en brazos. Según narra, gracias a la ayuda de un amigo de la infancia – que sabía lo que estaba pasando en ese entonces- llegó a un departamento para instalarse con su hijo. “No tenía dónde cocinar ni donde dormir, no tenía nada, pero por ahí apareció un colchón, después una cama, y así nos fuimos armando”.

A esa altura Alejandra tenía una pareja en Santiago a quien quería y era correspondida. Él le había prometido venirse a vivir con ella y rehacer su vida juntos si lograba salir de casa y alejarse de su marido. El hombre se llama Manuel, y actualmente es el compañero que le quiere y asume parte de los gastos en el nuevo hogar. Manuel ha comprado varias cosas para la casa y también se ha preocupado por la educación y el bienestar del pequeño Rodrigo. “Yo no pensé que él se vendría conmigo, yo lo esperé, hasta que llegó y ahí cambió mi vida. Vamos a cumplir siete años juntos”.

La llegada de Manuel contribuyó en el desarrollo de Rodrigo en la escuela particularmente ya que el niño no lograba aprender a leer ni escribir mientras vivía en su antigua casa. Con prontitud, Rodrigo comenzó a poner atención en clases, respetar a los demás y así poco a poco estar mejor hasta convertirse en uno de los primeros del curso.

La rueda debe parar de girar

Hoy Alejandra tiene planes de trabajar y hacer cosas nuevas. Junto a su pareja consiguieron un horno para cocinar y así poder vender comida en el barrio. Sin embargo no fue fácil dejar atrás su pasado. “Me costó mucho salir. A veces me daban ganas de volver a lo mismo, pero algo me retenía, me decía que no. Cuando yo salí llegó mucha gente a ofrecerme droga diciéndome yo te paso algo para que te pares”. Todos los días con su pareja hacían pan y queques para llevarles a los vecinos de la Villa. De a poco se fue haciendo un nombre en la población por su estilo y buena mano para la repostería.

Salimos a la puerta que da a la calle y veo que el sol ha bajado casi por completo. Mientras buscamos el horizonte elevados con la punta de los pies, Alejandra me cuenta sobre su proyecto de instalar un almacén de abarrotes y comida en el estacionamiento del lado. De pronto mueve cajas plataneras de un lado a otro para alcanzar una malla que cuelga desde la viga de entrada. Me percato que pretende representar las dimensiones que tendrá su futuro negocio de barrio. Sin darnos cuenta, comenzamos a caminar tejiendo entre manos el proyecto mientras la sombra de un barco de nubes alimenta nuestros pasos desde el poniente hacia el sur.

La droga sigue presente en muchos cercanos esta mujer. Un grupo de conocidos lo han perdido todo con la pasta base, relata. Mujeres que se prostituyen por conseguirla y padres que no ven más salida a su oscuridad que introducirse a consumir. Muchos no salen nunca, al igual que sus hijos quienes repiten este camino activando un círculo vicioso inquebrantable. “Le doy gracias a dios que yo paré esto. Nunca he consumido, y dios quiera nunca llegue a hacerlo, pero estuve a tiempo de parar porque a lo mejor con el ejemplo que yo les di a mis hijos quizás hubieran sido consumidores ellos”.

Llegamos a la plazoleta que observábamos desde lejos atraídos por una sosegada brisa que inmediatamente nos recuerda la cercanía del estero San Francisco. Alejandra con voz tímida me expresa que al fin vive tranquila. En un gesto reflexivo, se para en búsqueda del norte con la mirada y afirma que en las noches descansa sin pensar que la policía la persigue o que tiene que esconderle algo al pequeño Rodrigo. Un suspiro se cuele entre líneas... “A la gente que está en la droga le diría que no sólo eso deja plata. Con esfuerzo uno puede salir adelante. Yo pude hacerlo. Antes yo veía algo que le gustaba a mi hijo y se lo compraba fácilmente, ahora todo lo que compro es con sacrificio pero con plata limpia. Con la frente en alto puedo decir que todo lo que le he dado a mis hijos en este último tiempo ha sido con esfuerzo”.

“Si tuviera que pasar de nuevo por ese nivel de necesidad nunca más volvería a meterme en la droga como escape”, asegura. Le pregunto por cómo ve la vida ahora que está en la calle y es preciso atender a su intervención: “Acá faltan oportunidades para la gente que comete errores. A las personas que han estado privadas de libertad se les cierran todas las puertas y después no pueden encontrar trabajo porque para la sociedad son

delincuentes. Qué les queda a la gente que ha cometido errores, volver a lo mismo. Yo pienso que esta ley está mal hecha porque no hay instituciones que le abran una puerta a la gente que cometió errores. A mí jamás, hasta el día de hoy, se me ha abierto una puerta para reinsertarme”.

Luego de su estadía en la cárcel, Alejandra ha tocado muchas puertas en búsqueda de una oportunidad que le ha sido negada rotundamente. En la mayoría de los lugares se le refrenda arbitrariamente su pasado. “El delincuente es mal mirado y hay mucha gente que solo sabe juzgar. Muchas veces ellos no saben que detrás de esa persona hubo una familia que sufre o una necesidad muy grande, pero ellos no saben esa parte de la historia y yo creo que en eso deberían fijarse. Preguntarse por qué la gente delinque, por qué comete errores. Aquí no se han enfocado en investigar el verdadero porqué del asunto”.

LA HISTORIA QUE SILENCIÓ A UN PUEBLO

(Ingrid - 51 años)

Al mirar de frente los autos que se dirigen hacia el centro de la ciudad, luego de cruzar el semáforo de la avenida O'Higgins a un paso de la primera comisaría de San Felipe, podemos divisar el cordón de La Giganta tras una enredadera que conforma el sistema de alumbrado público. Una tras otra las hojas del otoño se enfilan mientras camino, al punto que avanzado unos pasos emerge el enrejado de las casonas de a mediados de siglo diecinueve nutriendo a esta avenida con delirantes colores franceses. Estamos en un lugar privilegiado en donde se repliegan los árboles en búsqueda del dorado de la luz pasado el mediodía. Este color inmuta perenne durante todo el año sobre la avenida Riquelme. Al final de la plaza de las palmeras llegamos a la calle Las Heras, avenida principal del decimonónico barrio industrial de la comuna.

Hace veinte años, parados frente a la entrada de las cuatro villas conocida por años como la villa doscientos cincuenta años, observaremos un blanco obelisco irguiéndose como guardián del tiempo a mitad de camino. Al frente, solitaria, yace la ex- estación de ferrocarriles de San Felipe. Para muchos, fotografía en la memoria de un pueblo trizado, melancolía y poesía que resiste a duras penas contra el olvido. Dicho sitio se estableció como arteria clave del proceso de industrialización chilena al igual que la Calle Hopfenblatt de la misma ciudad. Sin embargo el deterioro de los años produjo futilidad en lo material y la estación cerró. Para el año 1986 un estruendo se escuchó desde todos los rincones del Valle de Aconcagua. Queronque fue escenario de un aterrador choque de trenes que enlutó a miles dejando torcida la historia del servicio ferroviario chileno.

La calle que sigue las ruinas del tranvía lleva el nombre de un revolucionario aconcagüino nacido en Petorca. Santiago Bueras. Dicho trazado, desde hace poco más de diez años marca un límite social que no es indiferente a nadie del sector. Más bien diremos que por estos lugares habitúan camiones de carga, personal del aseo y ornato, niños que vuelven de la escuela y hoy por hoy, cientos de migrantes que llegan a la ciudad en su

mayoría. Son ellos quienes a diario se movilizan por este tramo con fama de peligro en las noches por hallarse desolado en su exilio.

A principios de los años noventa un proyecto de solución habitacional instaló a alrededor de cincuenta familias en las cercanías de la ribera del río Aconcagua y sus alrededores con viviendas de emergencia para la época. La calle Bueras fundó el límite de la comuna quedando en los márgenes todo aquel que residía pasado el obelisco de Las Heras, a sólo metros de la ribera del río. Fue así como la naciente población comenzó a organizar campamentos, distribuir las viviendas y comenzar a sobrevivir ante el insensato ascenso del ostracismo interno.

La siguiente historia que pasamos a dilucidar narra las conversaciones con Ingrid (51 años), quien posee un relato que es pieza clave para comprender el proceso de sincronización social que ha llevado la población doscientos cincuenta años de San Felipe, evocando la memoria y los antecedentes desde principios del año noventa. Periodo con pocas luces, entre ellos el destello de la instalación del mercado de las drogas duras como la pasta base. Sustancia que evoca repulsión ya con el sólo hecho de ser pronunciada.

Ingrid recuerda tal como si fuera ayer la crecida del río Aconcagua que sucedió a mediados del año noventa siendo vecina y dirigente social del sector. Arribó el año noventa y dos a San Felipe desde la ciudad de Valparaíso. Junto a su esposo e hija llevaban más un año viviendo en la población para la crecida...“Esto fue en invierno. Hubo una crecida de río muy grande que hizo caer el camino donde yo vivía, se desmoronó todo eso e íbamos a quedar aislados de toda la ciudad. Esa noche dormimos todos a la intemperie”.

A finales de ese año Ingrid recibió su vivienda definitiva luego de una dura pelea liderada como dirigente vecinal junto a los vecinos de la villa. En su casa se realizaban las reuniones de organización para afrontar la demanda colectiva futura. Como nos cuenta, dentro del lugar se palpitaba unidad, respeto y organización comunitaria. Cuando llegaba Navidad o el Día de las Madres, por ejemplo, todos los niños de la población eran

beneficiados con un regalo gestionado por la junta de vecinos. Nadie en las calles se quedaba solo sin pasar un momento cálido gracias a la intimidad del barrio de provincia. “Recuerdo que en ese tiempo era muy tranquilo el barrio, nos conocíamos entre todos. El problema comenzó cuando llegó gente de afuera con sus costumbres, sus mañitas por decirlo de alguna manera. La pasta llegó de afuera, y eso fue lo que empezó a consumir a los muchachos y a la gente adulta que cayó también”.

Uno de los lugares que fue decayendo a medida que se instalaban fue la junta de vecinos. Ya nadie se preocupaba por convocar reuniones y menos participar de aquellas. Veo como Ingrid, de pronto, saca un pequeño termo de atrás de su escritorio y me ofrece una taza de té. Estamos dentro de la biblioteca de su escuela, espacio de trabajo desde hace dos años. De fondo suena la campana del recreo, la cual cuelga de una gran argolla de plata oxidada desde el techo del tercer pasillo. Los niños corren de inmediato esperando llegar a su puerta antes de que se silencie el metal. Aquel anuncio marca el retorno a las salas de clases.

En segundos el patio se vacía quedando uno que otro pequeño corriendo de extremo a extremo antes de que la profesora cierre la sala de clases. Hoy Ingrid no tiene curso a cargo. Enciendo la grabadora para comenzar. Iniciamos la plática remontándonos a su llegada a San Felipe. La conversación que habíamos tenido por teléfono hace días marcó quizás un sendero posible de nuestra reunión.

“Empezó a invadir el temor en los vecinos porque mucha de la gente que llegó venía con esa choreza, entonces tú no podías decir nada porque te amenazaban de muerte a ti o a tu familia. Yo tenía a mis vecinos del lado que traficaban, porque cada uno se las ve por sí mismo, pero yo nunca tuve un problemas con ellos, en absoluto, yo los veo en la calle y nos saludamos naturalmente”.

Los primeros años

La neblina de Arauco vio nacer a Ingrid quien largó sus primeros pasos en las planicies húmedas de Carampangue, actual territorio mapuche en resistencia. Sus padres adoptivos

–“mis papitos” como les llama- la cuidaron desde los nueve meses de edad debido al abandono realizado por sus padres biológicos por razones físicas y mentales. Ingrid cree que fue su madre quien tomó la decisión final de dejarla. La madre adoptiva era quien controlaba la vida de su marido en ese momento, quien analfabeto y mayor, no interfería en las determinaciones resueltas en el hogar. “El momento más doloroso de mi vida fue ver partir a mi mamita y a mi papito el 2010. Él alcanzó a escribir un libro antes de partir, un libro de poemas, fue un hombre maravilloso al igual que mi madre. Ellos me heredaron una familia, la cual yo nunca pensé tener”.

De pequeña Ingrid tuvo sintonía con el lenguaje y la educación. En el liceo comprendía con facilidad los contenidos que se pasaban. Su madre adoptiva arrendó por años una de las piezas traseras de la casa de Carampangue a la oficina de Correos y Postales de Arauco. En aquel lugar, los días en que la oficina no atendía a público, Ingrid se apoderaba de los escritorios vacíos y utensilios desparramados para armar una sala junto a sus hermanos en donde se harían las clases a diversos amigos del pueblo -sin retribución de por medio claro- comenzando así a cultivar de a poco una pasión incalculable por la enseñanza.

El año ochenta y tres pertenecía el tercero medio de la escuela general de Coronel. Cierta día de invierno, una solicitud a través de carta enviada por su madre biológica pedía conocer a su hija legítima, Ingrid en este caso. Sorprendida por la noticia, asistió al hospital psiquiátrico de Llay – Llay, comuna a treinta y dos kilómetros de San Felipe. Allí aguardaba internada su madre desde hace dos días a causa de una depresión endógena. Dos años más tarde, ya con diecisiete años edad, autorizada por sus padrinos decide trasladarse a vivir con sus padres biológicos luego de estar tres días meditando en solitario la idea. Sus hermanos del sur le habían vaticinado días antes que no resultaría una buena decisión realizar ese viaje. “En ese momento sentía que necesitaba saber mi origen, de donde venía. Y todo resultó mal. Cuando estuve con mi madre ella me confesó que no le gustaban las niñas. Ahí me di cuenta del porqué mis dos hermanas fallecieron”.

La madre biológica de Ingrid tenía una fijación por su hermano varón, lo que la llevó a abandonar también a sus hermanas mientras su padre se hacía el desentendido con todo lo ocurrido en la casa.

Enseñar es felicidad

Dos cuadras antes de llegar a la avenida Las Heras se encuentra la escuela Manuel Rodríguez Erdoiza, conocida por muchos como la cincuenta y nueve. Al salir de Carampangue, Ingrid no retomó sus estudios ni obtuvo una carrera profesional. Sin embargo en los pasillos de este recinto municipal aprendió a educar de verdad. “Mi trabajo es mantener la disciplina y el orden como inspectora, pero en este lugar se me ha dado la oportunidad de trabajar en aula cuando falta un profesor y yo soy la mujer más feliz con la noticia, porque así puedo aportar con un granito de arena para mis niños”.

Un retrato de Neruda se perfila junto a Víctor Jara como telón de fondo de la biblioteca ubicada frente al patio central. La mesa de centro se encuentra rodeada de niños, quienes trabajan en sus cuadernos entorno a algún tema que no logro descifrar. Por el momento, el gran protagonista del salón es una música de relajación –como le llama Ingrid- que emerge desde su computador personal que se encuentra sobre el escritorio. “A los niños les encanta que les ponga “El cóndor pasa”. Aparte les muestro el video y ahí entran en un trance, se relajan felices y ahí se ponen a trabajar en sus deberes”.

Ya entrada la mañana bebemos té. Los inicios de la vida que comenzó a establecer en San Felipe estuvieron marcados por la violencia intrafamiliar, el maltrato psicológico e infidelidades propiciadas por su ex marido. Quedando siempre como la mala de la película, ya que debía desenvolverse como padre y madre a la vez ante sus hijas, poco a poco fue cayendo en un cuadro de depresión y violencia sistémica que le trajo diversas consecuencias.

La época más oscura que recuerda la pasó al lado de un hombre misógino y violento, al cual le era indiferente el bienestar de su hija mayor contradiciendo cada norma o determinación que Ingrid disponía. Para qué hablar de amor. “A mí me hacían sentir tan

poca cosa, que no valía nada, que no servía para nada. Yo era cualquier cosa, menos una mujer para mi marido”. De esta manera, Ingrid comenzó a naturalizar esa violencia simbólica que su marido le proporcionaba, aceptando todo lo que él le decía sin someterlo a un juicio previo. “Yo no me podía mirar al espejo porque sentía asco de mí. Incluso ya no me arreglaba, me sentía en ese minuto peor que la nana de la casa”. Mientras tanto su hija mayor, Yanina, observaba todo lo que ocurría desentendiéndose de ésta relación que hace tiempo se había convertido en insana para todos. A tal llegó el desgravamen, que Ingrid recuerda haber estado un año con una fuerte dependencia al alcohol y las drogas.

Mientras soplo el borde de la taza de té que hierve la loza, un llamado telefónico interrumpe nuestra conversación. Minutos más tarde, Ingrid expresa que era Manuel- su actual pareja- quien le advertía que no se asustara al llegar a casa si se percataba del perro con un conejo atravesado entre sus garras. Ingrid se pone a reír y no puedo quedar serio. Antes de recibir el llamado conversábamos sobre una de las noticias más importantes que le cambiaron la vida. Cierta día, recuerda que le comunicaron que ya no seguiría trabajando en el personal de aseo sino que ahora sería inspectora de la escuela. Esto además de significarle aumento en su sueldo implicaba comenzar a ganar la confianza en ella misma y valorarse como persona. “Ya no tenía que ponerme el buzito con zapatillas y arriba el delantal. Ahora debía preocuparme de arreglarme. Ahí cambió mi vida”.

Mientras le escucho veo como un niño salta desde el patio hacia su pupitre para abrazarla y regalarle un beso en la mejilla. “Estos gestos son habituales en los niños de acá. Muchas veces llegan con carencias de afecto y uno se encariña al tiro con ellos”. Aunque Ingrid se ha ganado el respeto de los niños en la escuela a pesar de recibir muchas veces insultos, nunca pudo ganar la batalla contra sus propios hijos cuando había que establecer valores y normas de vida. Su contexto matrimonial, sumado a la agitación que sucedía en las calles de la población en ese entonces, alteró la normalidad con que se vivía a diario en la Villa. Sin duda la más afectada de la familia fue Yanina, su hija mayor, quien comenzó una seguidilla de problemas que la llevaron a caer en destinos erróneos con sí mismo y los demás. Al mencionar el nombre de su hija, Ingrid se toma un segundo para meditar y reacciona lentamente, a los segundos, con sus ojos brillantes los cuales se comienzan a desvanecer en pequeñas lágrimas que evocan amor.

Lazos de amor, espinas en las venas

Desde la puerta de la biblioteca ingresa un asistente quien trae un recado a Ingrid de que la necesitan de inmediato en un curso que se ha quedado sin profesor. Ingrid responde que se encuentra ocupada ahora, que la esperen un momento. “Yanina se me empezó a escapar de la casa a muy temprana edad, y eso me llevó a tener muchos problemas. Recuerdo que era recurrente ir a poner denuncias por presunta desgracia cuando desaparecía, y a mí se me paraban los pelos cuando veía el furgón de Carabineros fuera de la escuela”. Las salidas de su hija se fueron extendiendo en duración, comenzando con un fin de semana en el que no se sabía nada de ella. Luego era toda una semana sin noticias—considerando los catorce años de edad que tenía— hasta llegar a estar desaparecida por un mes fuera de casa.

Ingrid sufrió de sobremanera en este tiempo, recuerda, sobre todo para el momento en que la llamaron a reconocer un cadáver a la morgue que tenía las mismas descripciones físicas de Yanina. Hasta este punto Ingrid vivía en una incertidumbre diaria respecto a lo que pudiera llegar a suceder en algún final de aquellas salidas. Un tratamiento psicológico le ofreció una posibilidad de internar a su hija en un centro especializado en Valparaíso, sin embargo su padre se opuso rotundamente a esto aduciendo no estar a favor de lo que aprendiera adentro. “Ella empezó a tener pololos muy joven. Hasta cuando yo la sorprendía le duraban nomás. Sin embargo mi hija quedó embarazada muy joven de su primer hijo”.

El patio de la escuela permanece vacío a pesar de ser medio día. Todos se encuentran dentro de la sala salvo un par de gorriones que se posan en una reja que da al callejón de la calle Molina. Ingrid, mientras tanto, ordena un par de libros que mantiene apilados sobre su escritorio. Entre el montón un romancero y sonetos de Lope de Vega. Como buen fin de año, es la hora de realizar inventario del total de materiales que comprende la biblioteca, su lugar de reposo. Mientras se mueve de extremo a extremo, me relata que Yanina se fue la primera vez de su casa a los catorce años con un joven cinco años mayor que ella. Era un buen tipo— lo describe — además de que la respetaba y quería realmente.

”Él llegó por la casa de sus padres un día a declarar el amor que sentía por Yanina” recuerda Ingrid, además de solicitar poder llevarse a su hija a vivir con él. Sin embargo poco le duró, ya que su hija no logró controlar sus salidas a pesar de que este joven quería lo mejor para ella y estaba dispuesto a esperarla lo que fuese necesario. De esta manera la joven prosiguió su aventura, ahora viajando por Chile –directamente al norte del país– hasta llegar a casarse un día. “Ella siempre se ha creído como un pajarito. Yo soy libre y a mí nadie me toca y yo hago lo que quiero. Hasta que se casó con un joven tan loco como ella. El dicho dice bien clarito, dios los cría pero el diablo los junta.” Comenzamos a hablar sobre los hijos de Yanina y a Ingrid la aborda una emoción profunda que nos lleva a parar un momento la entrevista.

Del matrimonio nacieron los nietos. Primero Joshua, a quien alcanzó a criar sólo un año por causa de un repentino fallecimiento. Ingrid venía saliendo para ese año de otro dolor grande al asistir un mes atrás a los funerales de su madre biológica. Yanina vivía en Villa Alemana. “Mi hija estaba muy mal con la noticia. Yo viajé a apoyarla en todo lo que fuese necesario, pero nunca pudo salir de su inercia en la que estaba”.

Luego de esta pérdida Yanina vuelve a la ciudad de San Felipe a vivir con sus padres pero esta vez no llegaba sola. Nuevamente esperaba un hijo. Pasaron meses y nació Johan, su segundo hijo, quien venía con la marraqueta bajo el brazo ya que en cosa de meses una niña se nacería desde su vientre. Su madre quien aún vivía las vejaciones diarias propiciadas por su marido, veía una luz de cambio para Yanina con la llegada de estos ángeles. En ese momento Ingrid trabajaba como personal de aseo del liceo Roberto Humeres de San Felipe, recinto que le brindó estabilidad laboral por catorce años.

El año dos mil nueve fue clave en la vida de Ingrid ya que marcó un giro en trescientos sesenta grados. Se separa definitivamente de su marido, sin guardarle rencor por los años de maltrato y tormento, expresa hoy. Para ese año Ingrid recuerda que la relación de pareja se había tornado insostenible ya que ni su hija y ni ella podían contradecir a este sujeto, quien al mínimo gesto reaccionaba de manera violenta tirando golpes a quien se le interpusiera en el frente. “Luego de separarnos, él me dijo que yo había sido la única mujer que había amado en su vida. Pero ya era muy tarde para eso yo creo”.

Yanina había vuelto a la casa en búsqueda de la ayuda de su madre para criar a sus dos hijos. A diario soportaba el oprobio que abundaba en casa mientras la mayor parte de las veces Ingrid sufría las consecuencias. En el tiempo que estuvo de vuelta siempre se mantuvo al margen de la situación por miedo a represalias. Esto, según cree Ingrid, hizo que Yanina comenzará a pasar más tiempo fuera de la casa, evitando así las discusiones más fuertes. Sin embargo –las malas juntas de adentro como les llama Ingrid- llevaron a que su hija conociera a un hombre que la introduciría en un mundo del cual le ha costado mucho salir, incluso hasta ahora. Por lo que nos relata este tipo ya se encontraba desde hace años en el tráfico y consumo de pasta base. Todas las relaciones que había mantenido Yanina hasta ese momento habían terminado mal.

La idea de que Yanina volviera a San Felipe era peligrosa, ya que Ingrid conocía bien a su hija y estaba segura de que volvería a tomar contacto con viejas amistades quienes eran los que la incitaban en la búsqueda de pasta base y el alcohol dentro de la ciudad. “Yo tengo una hija que es adicta a la pasta base. Sé que tengo que estar preparada para lo peor”. Así comenzaba la presentación en el consejo del día de ayer, al inicio de un taller interno de inteligencia emocional realizado en su escuela junto a los demás profesores. Ninguno de ellos conocía al detalle su historia familiar más íntima.

Corría el año dos mil trece y Yanina se aferró con fuerza a la pasta base. “Ese año Yanina conoció a este muchacho. Fue el año que también le quitaron a sus hijos. Desde ahí ella ha tenido lapsos de tiempo buenos y malos con la droga”. La mayor de las hijas de Ingrid -la protagonista de esta historia- posee una habilidad entrañable para la escritura de cuentos e historias, expresada desde pequeña. Ingrid –asegura- que su hija aún mantiene esa capacidad de comunicar con palabras. Sin embargo la calle y el abandono arrastraron a que se insertara en el consumo de esta sustancia, flagelo que le ha significado caer en un deterioro físico y mental progresivo que la tiene irreconocible ante viejos amigos y vecinos. Ingrid, en un acto de pausa dentro de la entrevista, abre su computador y me muestra desde su Facebook fotografías de Yanina del año dos mil seis. Simplemente veo a otra persona, muy distinta a la mujer que divisé hace unos meses en la esquina de Salinas con Chacabuco un domingo del mes pasado. En más de una oportunidad le he visto pasar por mi lado, caminando velozmente con la mirada perdida la mayoría de las veces.

Perder el derecho natural a estar con tus dos hijos ha sido uno de los dolores más grandes que le ha tocado vivir a esta joven. Su madre ha hecho más allá de lo imposible por frenar esta adicción pero hoy cree que su hija ha tenido la oportunidad de dejarlo y no la verdadera fuerza de voluntad para hacerlo. “Ella sabe que estar acá en San Felipe le hace mal, porque ella me lo ha dicho, que cuando viene de paso o se queda unos días cae y recae en mala porque ahí anda en la calle, pidiendo monedas en el puente, junto a otros muchachos que son consumidores también para volver a comprar”.

Como dice Ingrid Yanina ha vivido en la calle tanto en Villa Alemana como en San Felipe. Más de una vez se le ha visto trabajando en la esquina colorada, interceptando a los autos que bajan por la alameda Chacabuco para limpiarles el parabrisas a cambio de lo que venga. De pronto, la sala de la biblioteca se enmudece por un momento. Afuera yo no cantan pájaros desde el pabellón. Tampoco voces revoloteando. Con velocidad, veo que Ingrid busca una tira de confort dentro de su bolso y me aprovecho de acomodar en mi asiento para introducir una nueva pregunta. “Puedo decir que a mis nietos igual los perdí porque están en un hogar de menores. Lo estuve viendo un tiempo, porque yo en ese momento junto a mi marido actual los queríamos recuperar, pero ella fue y me puso mal en el hogar”.

“Es lo mismo que ir a una cárcel el ir a ver a los niños al hogar. Tienes que entregar tu carnet, firmar y esperar que te revisen entero. Luego esperar a que te traigan a los niños desde adentro, mientras estás en una sala rodeada de gente visitando a otros niños. En realidad, no los puedes disfrutar. No hay un espacio libre en donde tú puedas jugar y estar tranquilamente con ellos”. Una pequeña entra a la sala y se acerca donde Ingrid a pedirle un lápiz grafito. La niña se va con un beso en la mejilla de Ingrid, quien atónita desfallece un poco ante el gesto. “Aunque sean chiquititos son personas, merecen estar con su gente y merecen respeto. Yo no le veo ni pies ni cabeza a esos famosos hogares. Para mí no deberían existir, porque si la mamá no puede hacerse responsable busquen dentro de la familia quien puede hacerlo. No se, están los abuelos, los tíos, busquen ahí pero que sea alguien de la familia, que queda en ese entorno, y que no tenga que estar en la soledad. Yo sé que ellos de verdad se sienten abandonados.”

Un pasado que quedó atrás

La campana de salida enciende las voces del patio y nos percatamos de que el mediodía ha pasado. Ingrid ya no presta atención a la taza de té que se enfría sobre su escritorio. De pronto, expresa que toda la población está de testigo de lo que hizo como madre por recuperar a la Yanina. En su tono de voz se refleja el deseo de aquella esperanza que alguna vez perduró por salvarla. “Ella no acepta que uno la ayude, pero después te reclama. Nunca ha sido capaz de reconocer los errores”.

Ingrid menciona que su hija ahora último se encontraba en Quilpué, que estaba feliz y con trabajo, y por sobretodo que además estaba limpia sin consumir. Sin embargo hace algunas semanas atrás, Yanina vino por una audiencia que tenía en la fiscalía y se quedó en la ciudad. “Se quedó acá y anda en lo mismo. Anda pidiendo monedas en el puente el rey con otros muchachos que consumen, porque mi pareja la ha visto. Ella no quiere cambiar el switch y decir yo puedo. Acá no necesitan un medicamento, o estar internado, lo que necesitan es la fuerza de voluntad para decir -esto no va conmigo-, nada más que eso. Yo para salir del alcohol, como te conté recién, sólo necesité decir basta, esto no es para mí, esta no es mi vida. Y no más, punto. No tuve que estar aislada en una pieza y decir “aquí me voy a sanar”. Es fuerza de voluntad, todo está aquí en la mente”.

La preocupación mayor de Ingrid es que su hija cumplirá los treinta años muy pronto y aún no puede manejar su vida con todas las drogas que se echa al cuerpo. Menos pensar la idea de volver a hacerse cargo de su hijo. “Yo vivo con el credo en la boca porque yo sé que en cualquier momento me van a decir que ella amaneció muerta. Ya no está comiendo y además tiene enfermedades. La pasta base lleva a eso. Con esta droga ellos no sienten hambre, por eso se van chupando hacia adentro”. El estado actual de Yanina está acrecentando la gravedad de una enfermedad que mantiene hace años, que es un trastorno de personalidad crónico, según menciona su madre.

“El consumo de esta droga la está haciendo ponerse agresiva. Ya no le puedes decir nada, por lo menos nosotros que somos la familia, reacciona muy mal porque sabe que

nosotros le llamamos la atención y le decimos que cambie. Imagina que su hermana la reta, siendo la menor”.

Desde sus orígenes, como mencionábamos, la villa doscientos cincuenta años se caracterizó por su humildad, unidad y organización entre sus vecinos. Si hay una expresión potente de cohesión social en esta ciudad es la fuerza que caracteriza a los pobladores de un territorio como éste, quienes defienden lo suyo y a los suyos igual que una manada en cacería. Un ejemplo vivo de resiliencia. Ingrid recuerda la confianza y buena comunicación que establecieron en la villa levantando juntos un barrio con sueños y proyecciones en aquel entonces. “De repente nadie se preocupó por la junta de vecinos, por si es que iba a seguir funcionando o no”. Ingrid recuerda que muchas veces converso con alguno de sus vecinos, que ya estaba en el negocio del tráfico, y les mencionó las consecuencias y daños que acarrearía si seguían con esto en el futuro. “Lamentablemente el traficante paga con lo más caro que es su familia, sus hijos, porque estas personas pagaron con su hija. Ha costado mucho que ella salga de ahí, porque esto se convierte en un círculo vicioso”.

Nuestra entrevistada nos afirma que el dinero que entrega la venta de pasta base enajena a las personas que lo reciben creando sentimientos de superioridad entre las familias ante la competencia por el dominio del negocio. “La villa doscientos cincuenta años no es ni la sombra de lo que fue hace veinte años atrás, donde la gente era de verdad gente humilde, de trabajo y esfuerzo. Hoy muchos se han ido de ahí porque ya la gente no quiere seguir adentro”.

“Cuando llegó la droga adentro esto creció de la noche a la mañana. Había mucha juventud involucrada. Además llegaba mucha gente de afuera a comprar y a consumir dentro de la población. Ingrid maneja el tema y se mueve con rapidez, ya que ha sido testigo de la manera en cómo han sucedido los cambios y acontecimientos dentro de la villa. Su relación con el impacto y las consecuencias que ha producido la droga lo ha vivido en primera persona. En los más de diez años como vecina, vio la desgracia acompañada de la muerte deambulando en la calle. “El gran problema de la pasta es que cuando están con el efecto, no saben lo que hacen. Pueden llegar a matar a una persona

por conseguirla. Hay que considerar que adentro hay niños jugando, y ellos bajo ese efecto no se dan cuenta en un punto sobre quienes hacen daño”.

Un diario vivir oculto

Respecto a las responsabilidades que se pueden llegar a extraer entorno a este flagelo social, Ingrid es franca creyendo que son compartidas entre los representantes de la autoridad y los mismos vecinos de la población. “Yo no voy a tener pelos en la boca para decir estas cosas. Acá en la población se sabe cuando va a haber allanamiento, se sabe la hora. Lamentablemente esto es un círculo vicioso en donde están metidos policías, fiscales, abogados y gendarmería más un montón de gente. La droga es una mafia y aquí en San Felipe esa mafia existe”.

La mafia aludida en sus palabras estaría beneficiando directamente a los traficantes de la población, quienes tendrían en sus manos el capital económico para realizar los movimientos de soborno y extorsión dentro y fuera del territorio. Cualquier meneo erróneo alteraría el equilibrio impuesto por la ley de la calle. Simplemente como sociedad dejamos morir a una porción para facilitar la riqueza y el bienestar de otros. “Se consume droga hasta dentro de la cárcel. Funcionarios pasan drogas, porque ellos mismos dicen que los prefieren ver duros –drogados por así decirlo- que verlos lúcidos dando problemas. Entonces nadie le pone el cascabel al gato en este país, menos en San Felipe”. “A mí me gustaría que se hiciera una intervención como se hizo en La Legua. Una intervención real, donde de se saque al traficante -al que porta armas- a todo ese tipo de gente. Pero para dejarlos fuera de circulación”, sostiene Ingrid.

Palpo el ocaso humano que manifiestan los caminos de la población que describe nuestra protagonista, arterias de concreto que han resistido la enajenación y el ocultismo por más de veinte años. No queda duda que la porción mayoritaria que habita éstos terrenos son personas de esfuerzo y trabajo que nada han tenido que ver con las crónicas del narcotráfico. Según expresa Ingrid, como anécdota a esta altura, el actual alcalde del municipio -el señor Patricio Freire Canto- ha sido el primer edil en años que

logró entrar y participar personalmente en actividades recreativas y sociales con los vecinos del sector.

Por otra parte, revisando prensa de la época no ha cambiado el tono de los reportes que informan la verdadera situación que ocurre dentro de la pobla. Ingrid es consciente de éste tratamiento periodístico muy propio de la parca prensa chilena, por cierto. “No creo que sea casual esta situación. Aquí se discrimino y marginó de manera muy dura al sector. Hubo un tiempo que le dieron como bombo de circo en los diarios con letras rojas. Todos éramos malos, y así todos cabíamos dentro del saco. Resulta que si tú vas adentro hay mucha gente buena, gente de trabajo, de mucho esfuerzo. Y a esa misma gente les ha tocado vivir momentos difíciles por la lacra de la droga. Aquí han caído esposos -hombres mayores- en este vicio de la droga, y después no saben cómo sacarlos”.

La puerta de la biblioteca permanece abierta mientras continúa nuestra conversación. A esta altura el volumen de nuestro diálogo ha aumentado. Con tono reflexivo, Ingrid refrenda su compromiso en función a la lucha contra los atropellos que se cometen en ésta sociedad. No por nada desde pequeña sintió esa fuerza vivificante que la mantiene realizando la labor que más le apasiona en su vida. “Aquí el gobierno no se mete las manos al bolsillo para traer profesionales en el tema. Los dejan nomás. Tú para estar en un hogar de rehabilitación ¿cuánto tienes que pagar al mes?. Porque aquí no hay gratis, no hay un lugar así. Pero sí permitieron que la droga entre al país, sí han permitido que siga estando. Siguen permitiendo que en San Felipe la Villa doscientos cincuenta años, El Total y La Departamental se conviertan en focos de peligro. Nadie toma cartas en el asunto, ni menos por esas generaciones que vienen”.

La situación que describe esta mujer no está alejada de lo que puede llegar a ver al recorrer los límites de la ciudad de San Felipe, al igual que muchas ciudades de Chile. Adentrarse en la periferia en solitario requiere de valor y humildad. De pronto un silencio ensordecedor en la sala de lectura. Ingrid se detiene. Le miro sin quitar mi atención - abriendo más de lo normal mis ojos - atento a la revelación transformadora que puede aparecer esta tarde. “Yo no puedo estar mirando por la posición social que tengan. Yo tengo que saber que son personas, son seres humanos que necesitan ayuda. Son niños que

necesitan vivir una vida sana y tranquila, no una vida con temor en donde tienen que pasar encarcelados dentro de sus casas, porque así se vive allá adentro. Acá suceden tiroteos a diario y nadie hace nada, nadie se mete”.

Muchas veces le han preguntado si cree que ha se ha hecho todo lo necesario para tratar el problema de drogas de Yanina. Ingrid me responde que cree que en los momentos que tenía control sobre su hija -cuando vivía con ella por ejemplo- podía ponerle límites a su actuar. Hoy es diferente. Con treinta años de edad, Yanina tiene plena autonomía de decir por sí misma. Ingrid ya no tiene las fuerzas de antes para retomar esta preocupación. “Yo espero que Yanina en algún momento pueda cambiar y decir la estoy embarrando con mi vida. Porque yo no puedo obligarla a internarse en un lugar si ella no reconoce que está enferma y que necesita ayuda. Sería lo peor obligarla”.

ESPERANZA APREHENDIDA

(Roberto – 42 años)

A eso de las ocho y media de la mañana tomé mi bicicleta para dirigirme a uno de los hospitales más emblemáticos de Santiago. Era una mañana soleada, pero sin la temperatura habitual de la época estival, por lo que el viaje se transformó en un ameno recorrido mientras pensaba en algunas de las preguntas que me interesaba plantearle a mi entrevistado.

A las nueve me esperaba Roberto. Un tipo alto de aspecto amable, aunque con una estampa de hombre duro. Nos encontramos a la hora acordada por ambos y caminamos juntos hasta su lugar de trabajo. Dejé mi bicicleta en un lugar que él me señaló. Ingresamos a su oficina. Me ofreció tomar asiento y también un café.

Él además de ser sicólogo, estudió Técnico en Prevención y Rehabilitación de Personas con Dependencia a Drogas. Lo aprendido en las dos universidades por donde pasó, le entregó herramientas suficientes para poder desempeñarse en el terreno de la rehabilitación de individuos con adicciones. Era voz autorizada para hablar del tema y de todo aquello que rodea al mundo de las drogas. Le conté de manera sucinta el porque me interesaba escucharlo, esto porque anteriormente ya habíamos conversado de manera más profunda acerca de la relevancia de su testimonio, pues desde su trinchera académica podría enriquecer esta investigación. Así que me dispuse a escuchar atentamente su relato, el cual tuvo una evolución totalmente inesperada.

Comenzó la conversación con Roberto y sus primeras palabras fueron “Cada persona tiene su propia historia personal. Una de las cosas que me llama la atención, es que precisamente aparece el consumidor de drogas como una figura o estereotipo que en sí mismo no tuviera un ser persona, pero cuando uno le toca vivir y crecer en la población te das cuenta que el consumidor o narcotraficante es muchas veces una persona que la conoces desde el jardín infantil y tu reconoces a ese individuo como un ser y obviamente que este sujeto está bastante lejos del estereotipo”, continuó diciendo que “ahora, el estereotipo en sí mismo desde la variable sociológica tiene su razón de ser y desde la antropológica también, porque el estereotipo son simplificaciones que hace el ser para

tomar decisiones rápidas. Entonces desde ahí tiene una función. Hay estereotipos negativos y estereotipos en su funcionalidad. Todos ocupamos el estereotipo”.

Una de las motivaciones personales para realizar este trabajo tenía una estrecha relación con lo que él mencionó en su primera intervención. Desde temprana edad interactué con niños y niñas de la población donde vivo y sentía - y siento - un profundo dolor cuando años después observé como la vida de algunos comenzó a girar en torno a los vicios. Por lo anterior, sentí que con Roberto hablábamos de lo mismo. No conversaba con un sicólogo terapeuta que hablaba desde la teoría y desde los libros. Con su primera intervención me entregó ciertas luces que indicaron que algo de experiencia empírica había en su narración. No obstante esta idea estaba dentro del terreno de las suposiciones. Continué oyendo a Roberto.

“Es importante entender que detrás del adicto hay una persona y nosotros acá en este programa hemos creado todo un trabajo donde lo que importa es la persona. El trabajo que realizamos es entender que antes de cualquier cosa, hay una persona sensible que tiene una vida y que tiene que dar cuenta de ella, lamentablemente hay que hacerse cargo de la misma”, me dijo y con ello pensé que, obviamente por su rol de Director en el programa de rehabilitación de un reconocido hospital del sector poniente, debió haber escuchado diversas historias de adictos, por eso probablemente se impregnó de sus relatos y los tomó como una forma más de conocimiento. Quizás Roberto no hablaba desde su experiencia personal.

Luego de esto, le pareció pertinente abordar los lugares desde el punto de vista sistémico y esto tiene relación con el modelo que cada país adhiere para comprender y explicar el consumo de alcohol y drogas en sus propios contextos, utilizando la analogía para comprender los sistemas entre el modelo estadounidense (utilizado en Chile) y el europeo.

“Nosotros como país estamos más cercano al modelo implantado por Estados Unidos que es una cuestión de lo punible, donde en realidad el tema precisamente se estereotipa mucho, pero dentro de lo individual, dentro de las personas. Mientras que en Europa hay países donde ellos se adscribieron a un sistema de consumo. Obviamente que las personas

consuman alcohol y drogas es parte del mismo modelo, por tanto el Estado debe hacerse cargo de eso. Esto es bien interesante y desde ahí se van creando modelos de trabajo”.

Poco a poco pude identificar que la manera de expresar sus ideas cambiaba. Aquel sicólogo experto en adicciones, que intentaba hablarme desde el punto de vista de su ciencia de estudio, empezó a difuminarse para dejar aparecer a ese Roberto cercano, ese Roberto comprometido hasta lo más profundo de su ser con la labor que realiza.

“A mí no me gusta ocupar el concepto de rehabilitación, porque ¿para qué rehabilitar a un individuo? la respuesta es para que sea funcional a un sistema que... como poder decirlo, te lo voy a decir sinceramente así. Para que sea funcional a un sistema que lo sigue violando. Esto es tan así que hay una mirada antropológica que expone el problema que existe en las favelas, donde se visualiza la existencia de una enfermedad por parte de estos asentamientos. Sin embargo para mí, la enfermedad o muchas de las problemáticas que existen en estos territorios, son producto de las condiciones materiales en las que viven. Son muchas las variables para que alguien se convierta en un adicto y es bien complejo el tema. Detrás de eso habrán variables desde el sistema”, afirma, evidenciando ciertas diferencias relacionales entre los individuos, pues “es distinto crecer en el jardín infantil donde tu compañero es el hijo del traficante. Desde ahí se va creando lo que se conoce como Nicho Ecológico. Un ecosistema donde la persona deberá aprender a desarrollarse en esta cultura o subcultura que es distinto también al estrato social al que uno pertenezca. Acá se habla del adicto como un universal y yo no estoy de acuerdo con eso. No es lo mismo el adicto de la Yungay, La Legua o El Bosque, al adicto de La Dehesa o Vitacura. Es cierto que el sufrimiento puede ser similar, pero las formas de consumo, los tipos de consumo, las personas que consumen, son totalmente distintas y sus motivaciones también. En las poblaciones muchas veces la gente consume porque hay un *modeling* en la calle súper fuerte que te marca. Puedes ir a Santa Julia y todos los días puedes ver a gente consumiendo a plena luz de día los 365 días del año, pero esa no es una realidad que pase en Vitacura. No de esa manera”.

Roberto trabaja con adolescentes en un programa de rehabilitación dependiente de un hospital de la capital. El espacio consta de varias salas en las cuales se realizan diversas tareas con el objetivo de poder ayudar a jóvenes entre 12 y 17 años. Roberto es director

del programa, “donde la familia cumple un rol fundamental”, señala, y que tiene una duración de nueve meses, aunque explica que por lo general el proceso terapéutico finaliza no antes del año y medio. “El problema no es la droga, es la persona”, me dice, y por ello que el programa consta de tres fases que no tienen que ver precisamente con el consumo de drogas, pues estas etapas fueron diseñadas para que los jóvenes solucionen y comprendan sus carencias, con el objetivo de crecer y ser mejores personas, conscientes de una vida de la cual hay que hacerse cargo.

“No existe “rehabilitación” sin apoyo familiar. Aquí hacemos un proceso terapéutico que consta de tres fases: autoconocimiento, sanación y desarrollo personal. Dentro de este periodo debe desaparecer el consumo para después cumplir con ciertas etapas del proceso, como capacidad de autocrítica, solidez conductual, nuevas redes familiares, nuevas redes sociales y un sentido de vida positivo y constructivo. Si cumple con todo eso, después tienen una ceremonia de graduación. Intentamos entregarles a los muchachos las herramientas básicas para el proyecto de vida que ellos quieran, lejos de los vicios”.

Cuando Roberto terminó de contar las metodologías de trabajo que se implementan en este programa, afloró en la conversación su espíritu crítico. Pues continuó diciendo que “en las pegas a los papás no les dan permiso para que se involucren en el proceso que tienen sus hijos acá. Ellos me dicen que pueden venir a una o dos sesiones, sin embargo eso no es suficiente. Me dicen que si se siguen ausentando más días los van a echar de sus pegas. Hay variables sistémicas que son potentes y violentas. La gran crítica a todo esto es un tema a nivel país y se ha hecho difícil aterrizarlo. La verdadera crítica al sistema es que no le da tiempo a las familias para educar a sus hijos. Pero hablar de esto es ideología y hablar de ideología en este país es hablar de marxismo y hablar de marxismo es ser comunista. De la violencia sistémica no se habla y de eso también se debería hablar. Este sistema que violenta los cuerpos, que violenta a las personas y no porque uno sea marxista, sólo porque te toca vivirlo. Me tocó experimentar ese concepto de la desesperanza aprehendida. Mirai a tu alrededor y pensai... haga lo que haga, cagué”.

En este punto, ya me sentía más cómodo en comparación con el inicio del diálogo con Roberto. En este momento comprendí que ya no estaba conversando con el sicólogo.

Ayudó también el hecho de que varios de sus dichos, análisis, opiniones, yo las compartía, entonces eso fue generando una atmósfera especial, en la cual ambos deambulamos con libertad, pues hablábamos el mismo idioma. Nos entendíamos. Noté algo en sus ojos que no sabría cómo describir. Lo intentaré. Brillaban como la luna llena, por esas lágrimas que no corrieron por sus mejillas por milagro. Dicen que los ojos son el reflejo del alma y creo en ellos haber encontrado a ese verdadero Roberto, desnudo. Hablando sin tapujos, despojándose de todos sus roles sociales para que yo fuera capaz de ver a ese ser que se emocionaba sin yo saber la verdadera razón.

El infierno

-¿Cuál fue la motivación que tuviste para empezar un trabajo de este tipo? ¿Llegaste a desarrollarte en este ámbito por azar o siempre quisiste seguir este camino de ayudar a las personas con algún tipo de dependencia a sustancias como las drogas? -. Me atreví a preguntarle y su respuesta no me dejó indiferente. De ahí en más, el diálogo se extendió y fluyó como aquel caudal de río que favorece su llegada al mar.

“Yo hice un proceso terapéutico, me volé 15 años”, me dijo con soltura. Me sorprendió. Un sujeto que estuvo un tiempo extenso bajo el flagelo de las drogas, fue capaz de salir de ahí, algo impensado para varios. “Vengo de la pobla en El Bosque y en ese tiempo ese lugar era tierra de nadie, no era comuna aún y no pertenecía ni a la Cisterna, ni a la Pintana, a nada. Anduve por varios lados. Fui también un adicto a la pasta base. Me volé un año y medio prácticamente todos los días”.

Al decir esto último, observé que ya no había vuelta atrás. Desde esta confesión, podría decir que la figura de Roberto sufrió una transformación, junto con nuestro diálogo. Su manera de hablar, sus gestos, su mirada, su entonación, nada volvió a ser como en el principio. Ahora estaba conversando con un ex adicto a la pasta base, quien además era un profesional dedicado con una pasión abrumadora, a darle una mano a sujetos que vivieron una realidad tan cruda como él mismo describe. Una mano visible, cálida, de carne y hueso, cargada de amor y esperanza.

Yo sólo escuchaba atentamente, no podía dejar de mirarlo. Me interesaba escuchar su historia y cómo fue que logró superar su adicción. Quería oír aquel relato de superación ante - aparentemente- una droga destinada a condenar a perpetuidad.

“Yo tuve una historia re cuática, empecé primero a fumar marihuana”, me dijo y continuó mencionando algunas drogas que nunca antes había escuchado, “después empecé a consumir pepas, me inyectaba también. Anfetaminas, cidrines, alcanciles, pero después esas weas se pusieron muy caras, entonces salir a carretear me salía muy caro”. Necesitaba como ocho lucas para poder volarme, más el copete y todo - porque yo tomaba hartito en ese tiempo- tenía que gastar como 15 lucas, estamos hablando del año 94, 95. Ahí se puso mala la mano”.

No quería interrumpirlo bajo ningún punto de vista. Continué la escucha atentamente. “La falopa nunca me gustó mucho, la encontraba media tonta. Con la pasta me paso que estaba medio copeteado y no había pepas, entonces me pegaba un pipazo y quedaba parao. Ahí empecé con el consumo de fines de semana y en eso estuve como dos años”. Me pide permiso para contestar una llamada y sale de su oficina. A los pocos minutos regresó y continuó relatándome su historia.

“Me acuerdo que en ese tiempo yo tenía una pega y me dieron vacaciones y en esas vacaciones consumí todos los días durante ocho días y desde ahí no paré de consumir diariamente por aproximadamente un año y medio”. Mientras Roberto me hablaba, pensaba en cómo logró superar su dependencia a las drogas. Si bien me causaba curiosidad lo relativo a su historia de consumo, me provocaba más las ganas de escudriñar en la causa que definitivamente frenó su adicción. Algún punto de inflexión. Cuando le pregunté, esperaba encontrar algún hecho puntual, pero no. No quiso profundizar sobre el tema, sin embargo visualice lo delicada que llegó a ser la situación, en la cual Roberto caminaba diariamente por la cuerda floja. Transitaba sin vértigo entre la línea divisoria que separa la vida y la muerte.

“Estaba pa la caga. Tuve tres principios de ataque cardiaco. Al último consumía solo, encerrado en mi pieza. Vivía con mi pareja y mi hija en la locura misma. Me acuerdo de mi pareja en ese entonces, me decía en la mejor de la buena onda que mejor consumiera

en la casa. Ella prefería que yo consumiera ahí, en la casa, en vez de estar en la calle donde me podía pasar cualquier cosa. Tenía hartos atos en la calle, entre que me piteaba a un hueón o un hueón me piteaba a mí. Por la droga empezai a tener dramas. Me metí de lleno. Estaba pa la caga. Mucha pasta, mucho alcohol”.

Enseguida su relato fue ascendiendo en dramatismo. Observé y leí su lenguaje corporal, el cual no lograba disimular el dolor que emergió, el cual decía que su mente evocó todos esos momentos duros antes señalados por el mismo. Era una especie de rechazo total a un momento de su vida que no le era agradable recordar. Sufrió el deterioro físico y mental propio de la pasta base, pero gracias a su fuerza de voluntad y al aprovechamiento de, quizás, la única oportunidad que tuvo, logró salir adelante. Pero fue aún más allá. Resignificó esa experiencia, no la olvidó. No utilizó la lógica del borrón y cuenta nueva. Se hizo cargo de su historia y comprendió que la misma era una herramienta fundamental para ayudar a otras personas que sufren con el problema de las adicciones.

“Me estaba muriendo. Por eso paré. Era simple, o me moría de sobredosis o me mataban en la calle o yo mataba un hueón en la calle y me iba preso. Estaba mal, mal, mal, muy mal. Se me caía el pelo a mechones, estaba flaco, mal, mal. Es horroroso. Si yo te tuviera que definir en un concepto lo que yo viví con la pasta. Es el infierno, es el infierno. El infierno. Tener el dolor de guata loco es horroroso, es una huela que estay tan intoxicado que se te pasa por la mente y tení que ir a consumir po loco. De repente yo estaba soñando que estaba consumiendo y me tenía que levantar en la noche a conseguir algo. Entonces es súper fuerte. Es el infierno”.

Me impactó su testimonio. Me ha tocado compartir en más de una ocasión con consumidores de pasta base, pues donde vivo no es difícil encontrar personas, hombres y mujeres de todas las edades, consumiendo o buscando la manera para conseguir un ‘monito’. Y desde la distancia, vivo con la impotencia. ¿Qué hago? ¿Puedo ayudar en algo? Las respuestas son desesperanzadoras. Pero Roberto me enseñó que se puede. Roberto pudo. Afuera hay miles de Roberto.

Por cada disparo mil caricias

“Yo creo que lo que más duele es que uno se va deformando y uno se va convirtiendo en una cosa, un zombie. Fue horrible. No estoy ni ahí con nadie, con nada, te da lo mismo si te ven o no consumir. El infierno para mí fue. Horroroso, doloroso, sentirte tan atrapado. Algunos me decían, pero como si tú soy tan inteligente, es que estoy atrapado. Uno no se le arranca dos veces a don sata, así que por lo mismo la vi. Hice el proceso terapéutico para buscar una salida. Con el proceso uno aprende a re significar la historia y ahí te das cuenta que todo fue necesario también. Me maravilló. Entendí que tenía varias carencias, harta huea, harto drama también, mío, la persona. Había un niño herido, un niño golpeado, maltratado, vulnerado que explota en una adolescencia en el lugar en el que está, en el contexto que le tocó y eso también te marca”.

En esta etapa del relato, existe un punto de giro. Ahora su lenguaje corporal cambia y ya no recuerda con dolor, sino con esperanza. Su expresión del rostro se tranquilizó y se le ve algo más relajado. Ya no frunce el ceño cuando recuerda esta etapa de su vida, ya no se toma la cabeza cada vez que narra lo vivido.

“Cuando hice el proceso terapéutico yo me terminé enamorando de lo que significaba el contacto con el otro, te abre el alma y cuando tu abres el alma y eres capaz de tener ese tipo de comunicación, esto que se construye es tan fuerte. Así como los otros momentos son tan fuertes, tan marcados. Esto que vas construyendo te deja también tan marcado que vas viviendo para encontrarlo en algún otro momento de tu existencia. Yo creo en las personas al cien, al mil, al dos mil, y con emoción, porque de donde uno es, de donde yo vengo, de ahí de lo negro, de lo oscuro”, no termina la idea y agrega, “y no es que yo le eche la culpa a alguien, pero puta que hubiera sido distinto si cuando andaba perdido alguien me hubiese acogido y esa es la apuesta que uno hace en esto”.

Su narración me conmueve. Roberto me habla de seres humanos, de empatía, de solidaridad, estos dos últimos valores tan manoseados y pronunciados por todos, aunque poco aplicados. Me emocioné con su narración, me alegraba hasta lo más profundo conocer su historia de vida, una historia lejana al estereotipo del drogadicto, aquel que

dice que es delincuente, flojo, débil de mente, prescindible, estorbo, destinado a desaparecer independientemente si su corazón deja o no de latir.

Roberto me dice “El dolor es el sentimiento del aprendizaje y el amor es el sentimiento de la sanación”, frase la cual me queda dando vueltas. No todos aprendemos desde el dolor, pues “a veces es más fácil hundirse hasta desaparecer”. Sin embargo existe otra alternativa, me explica, señalando que “es bonito sanarse, es bonito aprender del dolor. Hay que vivir el sufrimiento y abrazarlo, pero que no sea en vano. Que te enseñe, que te muestre, que te ayude a crecer como persona”.

Roberto creció en un contexto adverso. Fue un niño maltratado, vulnerado y con carencias afectivas sustantivas. Sin embargo, no guarda rencor. Ni a sus padres, ni a sus hermanos, ni a su entorno, al contrario, Los ama. Los abraza con el amor más sincero, después de comprender las causas y las consecuencias de un sistema que facilita la vida para unos y la dificulta para otros. “Para que unos sean en este país otros deben no ser”. Su trabajo interno de años dio frutos ricos y sabrosos.

No conocí a Roberto en su etapa de drogadicto, pero lo veo ahora como un ser humano entero, y lo más importante, sanado. Podríamos decir que le ganó a la muerte, que resucitó, esto porque los pastabaseros para la sociedad están muertos, son invisibles, se les humaniza sólo para ubicarlos en el grupo de los antisociales, de los excluidos, de esos que sólo buscan el placer efímero que tan bien les hace sentir, como si la pasta base fuera una opción y no una enfermedad que carcome todos los niveles de un ser gregario y lo que corresponde a su individualidad también.

Si bien existen diferentes programas de rehabilitación en Chile, estos no son suficientes, pues no logran su objetivo porque el problema del consumo de drogas como la pasta base tiene que ver con un problema de base estructural. Mientras una minoría logra lo que Roberto, miles de nuevos consumidores caen en la pasta diariamente. Soluciones parche que no se hacen cargo de una realidad que llegó para quedarse a finales de los 80, en dictadura. Sin embargo, para Roberto este diagnóstico no amaina su compromiso con los jóvenes a los cuales intenta ayudar, porque, “para mí los chicos con los que realizamos el proceso terapéutico no son mis pacientes. Soy yo, y mientras vea

resultados positivos aunque sea en uno de los chiquillos, siento que estoy haciéndolo bien”.

La estigmatización de los consumidores, trae consigo también la estigmatización del territorio, ya que “en este país los pobres pagan y están dispuestos a pagar con su propia subjetividad, con sus hogares, familias y su hijos”.

Es en las poblaciones es donde proliferan las drogas. No por nada los consumidores se introducen en ellas en búsqueda de un ‘monito’ por ejemplo. Muchas se formaron por necesidades propias de la gran ciudad, mientras que otras se originaron gracias a la resistencia de una comunidad consciente de sus problemáticas y de sus derechos como ciudadanos. Es en este lugar donde las drogas llegaron para expandirse por todo el territorio. Y es allí donde el consumo se naturaliza como acto cotidiano del espacio público. Aunque esta no es una característica de todas las poblaciones del país, es un hecho visible para los que vivimos en alguna de ellas. Toda esta representación es reafirmada por los medios de comunicación, la publicidad, etc. Sin embargo me llena de alegría comprender que ese estereotipo se encuentra lejos de lo real. La calidez de las personas que habitan las poblaciones, el contacto con el vecino, la comprensión de un otro como igual, las diversas formas en las que se relacionan en su ambiente social, la conciencia de lo que significa comunidad, son aspectos que hacen de esta sociedad un lugar mejor. Acá si existe la solidaridad y la empatía, porque mi vecino o vecina no es un ser extraño al que no he visto nunca, porque cuando existe alguna violación de algunos de los derechos de las personas saltan todos como si les tocaran la fibra más sensible. Algunas veces son estas mismas comunidades las que reemplazan a la familia ausente, pues en la calle hay una validación de ciertas conductas que en otros contextos son sancionadas socialmente.

En las poblaciones suceden cosas hermosas y me alegra haberlas presenciado. He tenido la suerte de vivir en una de ellas y visitar otras con realidades muy distintas, pero en todas he caminado sin miedo, porque en una que otra esquina veo a Roberto y a la tía de las sopaipillas, al dueño del almacén que aún fía, incluso al traficante y a sus hijos pequeños que corren tras una pelota con los nietos de la señora Emilse. Me llenaba de

satisfacción escuchar la visión de Roberto. Me daba esperanza pensar en la existencia de más personas como él.

“De pronto pareciera que las poblaciones está llenas de armas, pues suenan más. Está la idea de que hay más destrucción. Por cada disparo hay miles de caricias que se están dando en el mundo, pero esos no hacen ruido. Pareciera que las poblaciones están llenas de delincuentes. Mentira. Allí vive gente honesta, trabajadora, que cree en el sistema que los aplasta”

Al final, la entrevista con Roberto era similar a una rica conversación con un amigo. No era un monólogo como en el comienzo, pues ahora intercambiábamos visiones de vida y terminamos conversando de varios temas no pertinentes a este trabajo. Antes de pararme de la silla frente a su escritorio, le agradecí por su sinceridad, por abrirse a tocar temas personales con un desconocido hasta emocionarse. Pensé en lo afortunado que fui al encontrarme con alguien así . Le agradecí también por su compromiso con los jóvenes adictos y le confesé que su relato me emocionó y que siempre iba agradecer haberlo escuchado y conocido. Terminé diciéndole, justo antes de despedirme, que una persona como él, con su compromiso que traspasa todas las barreras y calienta como el fuego, me hacía creer en una sociedad mejor, con seres humanos vivos, vivos de verdad. Nuestras manos se estrecharon y me felicitó por mi trabajo, porque según sus palabras, “nadie repara en esta realidad tan dura, gracias por contribuir en este trabajo, porque al igual que yo y a todos los que aquí trabajamos, estás haciendo una labor similar, pero desde tu campo de acción”.

Me acompañó a la puerta. Tomé mi bicicleta y antes de subirme le pregunté - Con tu historia de vida y todo lo que has pasado y tomando en cuenta tu vida hoy ¿eres una persona feliz?, me respondió, “mira, pasamos tres cuartas parte de la vida trabajando y durmiendo. Tengo una buena cama, una buena compañera al lado y un trabajo que amo, así que tengo tres cuartas partes de la vida ganada”. Se despidió desde la lejanía con una sonrisa y levantando su mano. Le sonreí de vuelta, me subí a mi bicicleta y la esperanza pedaleó por mí.

CAMINANDO EN CÍRCULO

(Matías – 26 años)

En la década de los 60 las políticas públicas estatales priorizan acciones para dar solución habitacional a los que no poseían viviendas. Es en ese contexto donde el Estado busca crear espacios de participación popular en el tema de vivienda y urbanismo, es que surge a mediados del 69 la población Villa Jaime Eyzaguirre, en los terrenos de la denominada chacra de Valparaíso, emplazada en ese momento en la comuna de Ñuñoa. Actualmente estos terrenos, los cuales eran principalmente suelos agrícolas, pertenecen a la comuna de Macul y ya en el año 1973 la urbanización del territorio estaba casi completa. En este lugar he vivido desde siempre. Mis padres llegaron a vivir a los block a finales de los 80' y allí fue donde crecí y me desarrollé. En el mismo sitio donde creció Matías.

Al Mati lo conozco hace varios años. Desde pequeño lo divisaba por las calles del barrio. Él siempre ha vivido en el mismo pasaje de mi amigo de la infancia Raymundo y a veces compartimos el mismo equipo de la pichanga. En ese tiempo aún no proliferaban las canchas de baby fútbol, por lo que la playa de estacionamiento ubicada justo afuera de mi block, era el espacio perfecto para convertirse en un imponente estadio. En la feria de Ramón Cruz, en los almacenes de al frente, en la plaza elevando volantín o jugando a la escondida, fueron los lugares donde nuestras miradas se cruzaron en más de una ocasión.

Matías era un niño normal de tez morena y delgado, de ojos oscuros y algo inquieto, no sé si era su abuela o su madre la persona que estaba con él cuando nos encontrábamos por el barrio. Era un niño como cualquier otro.

Por diferentes circunstancias de la vida, en la adolescencia dejé de ver a varios de los amigos de la infancia. Por esos años, en la década del 90', no existía ninguna de las redes sociales de hoy en día, por lo que simplemente podría decir que varios desaparecieron de mi mundo tangible, pero no de mis recuerdos.

En la madrugada de un fin de semana me encontraba de vuelta a casa luego de compartir una tertulia con mis amigos de la Universidad. Eran algo así como las dos y media de la mañana cuando me bajé de la micro en Avenida Grecia para caminar en dirección a mi hogar.

Mientras caminaba alguien gritó. -¡Oye flaco, oye!- Me detuve para mirar atrás y se acercó un tipo a pedirme alguna moneda. Recuerdo lo baja que estaba la temperatura en ese instante, tanto así que un pañuelo cubría mi nariz, boca y cuello, además un gorro negro abrigaba mi cabeza, estaba totalmente tapado, sólo mis ojos estaban al descubierto.

“Tení alguna monedita por ahí que me podai dar huacho”, me dijo. Yo caminaba rápidamente hacia mi destino, por lo que mi respuesta fue breve. - No tengo - , le dije. Me alcanzó. Tanto fue su cercamiento que me abrazó y me volvió a preguntar si es que tenía algo para darle. Su brazo derecho cubrió mi cuello, actuando como si yo fuera alguien cercano, acto que no interpreté como amistoso. Estábamos muy cerca y me miró a los ojos. Atiné a bajar un poco el pañuelo que cubría la mitad de mi rostro y le volví a decir que no tenía nada para darle. Vi su rostro y él vio el mío. Me soltó y seguí mi camino.

Al día siguiente recordé lo sucedido y pude reconocer el rostro el de ese joven. Era el Mati. Y ese acercamiento algo violento hacia mi tenía una intención oculta. Creo que también me reconoció cuando deje de al descubierto mi cara. Por eso, creo, desistió en su idea de asaltarme o ‘salvarse’.

Desde esa vez, comencé a encontrarme periódicamente con él. Nos saludábamos cuando eso ocurría. Era común verlo tratando de vender lentes, chaquetas, gorros, herramientas de construcción. - “Oye estoy vendiendo una chaqueta súper buena, de marca. Cacha que por internet esta la venden a 35 lucas, la ando vendiendo a 10, ¿la querí?” - La prenda era de una reconocida marca, además estaba en perfecto estado. Sin duda la oferta era llamativa, pero lamentablemente para el Mati yo no estaba interesado en adquirir una casaca, y para peor, no tenía dinero. -”Te la dejo a cinco lucas”- , me dijo. Terminó ofreciéndomela a dos mil pesos. Cuando se dio cuenta que no la iba a comprar, se fue.

Con el tiempo, aprendí a identificar a los consumidores de pasta base. Sus conductas y aspecto físico los delatan. En general, son personas solitarias, pues no suelen comentarles a los demás sobre sus adicciones. Algunos andan deambulando en búsqueda de alguna moneda olvidada por algún transeúnte o vecino, o vendiendo cualquier cosa por cualquier valor. Todo suma. 10, 20, 50, o 100 pesos son pasos o zancadas para llegar a la tan anhelada meta. Recuerdo que la abuela de mi vecina pastabasera ocultaba los colgadores de ropa y los alargadores eléctricos, esto porque todos estos eran potenciales facilitadores para la adquisición de un ‘monito’. El cuerpo de los consumidores enflaquece y sus rostros de pómulos casi inexistentes los acusan, incluso dejan de consumir alimento. Sólo existe hambre de consumir. Además, la dentadura se deteriora por la presencia de sustancias químicas como el ácido sulfúrico.

Un día viernes a eso de las ocho de la tarde me encontré con el Mati, como de costumbre preguntó a mi amigo, quien es su vecino del pasaje, si tenía una moneda para darle. Le pasó cien pesos. Le devuelve doscientos y le dice. - “Oye rey, ¿me podí comprar un encendedor o unos fósforos?”- , mi amigo le pregunta de vuelta, - ¿y para que querí que te compre fuego? Por qué no lo compraí tú? - “no me venden a mí y quiero prender un pito”, dijo. A lo que mi amigo accedió a comprarle un encendedor y nos fuimos.

El Mati aquel día que me interceptó en la calle, se encontraba en búsqueda de un blanco fácil para conseguir algo de valor con el objetivo de conseguir droga. Esas prendas de vestir y artilugios varios que ofrecía a precio de oferta, no eran más que actos desesperados para conseguir algo de valor y comprar droga. La amable señora de la botillería no quiso venderle un encendedor porque sabía para qué lo utilizaría. ¿fumarse un pito? Él no consume marihuana.

El Mati era consumidor de pasta base. No había duda de eso. Y un día se lo pregunté directamente, aunque con incertidumbre, pues su reacción ante mi pregunta era una incógnita. Nadie pregunta así como así a alguien si consume o no pasta base. Me arriesgué. Pocos se sinceran y hablan abiertamente de este tipo de consumo que mata lentamente.

Muchos ocultan el consumo de esta droga y prefieren decir que son adictos a la marihuana, esto porque incluso en los contextos más marginales se discrimina al pastabasero, más aún, a la pasta base le dicen la ‘mata choro’, esto da cuenta de la pérdida de la alzada categoría de ‘choro’, pues se establece una relación de respeto entre este individuo y las demás personas que conforman la comunidad y su entorno, sin importar si su comportamiento pudiese estar al margen de la ley.

Me dijo que sí. Que consumía ‘basura’ de vez en cuando. Me sorprendió su sinceridad. Quedamos de juntarnos otro día para conversar del tema y se mostró abierto a un diálogo sincero. Le pedí un contacto para poder ubicarlo la mañana siguiente, me dijo que celular no tenía. “Anda a buscarme a la casa”, me dijo y se perdió raudamente caminando por Avenida Rodrigo de Araya.

Sin rastro

Al día siguiente fui a buscarlo donde vivía. En su casa no hay timbre. Vive en una casa junto a su abuela en la Población Jaime Eyzaguirre. Su casa tiene una ampliación en un segundo piso y es ahí donde vive el Mati. Grité su nombre frente a su reja, dos veces, pero no salió. Los únicos que me recibieron fueron los perros del pasaje que no dejaron de ladrar hasta que me fui. Durante cinco días insistí, pero mi suerte no cambió.

Pasaron varios meses y no había rastro del Mati. Era como si se lo hubiese tragado la tierra. Pensé quizás se fue de la casa y también no pude evitar pensar lo peor, pues cuando eres drogadicto eres capaz de hacer cualquier cosas por consumir. En un estado de alienación total se encuentran varios consumidores. El cuerpo se convierte en sólo un envoltorio desechable, inservible. Nada importa. El miedo desaparece, desaparece casi todo, menos las ganas de fumarse un ‘monito. “Si me muero da lo mismo. Pa que seguir viviendo en esta hueá. Lo único que me tiene aquí es mi hijita. Por ellas yo creo que me aferro a la vida”.

El Mati fue padre cuando era un adolescente. En ese tiempo “estaba limpio”, me contó, es decir, no consumía pasta base. Su hija de siete años vive en otra comuna de Santiago junto a su madre, esta última debe ser una de las pocas personas que espera y cree en la

rehabilitación del padre de su niña. “Ella me dice. Amor yo te amo porfavor vente a vivir con nosotros y deja la pasta. A mí me da mucha pena cuando me dice esas cosas porque de verdad que yo quisiera dejar toda esta basura. Lo he intentado, pero no puedo. No puedo, es como una enfermedad sin remedio”, es evidente su desesperación la cual se refleja en sus ojos, porque de su cuerpo queda poco.

Los días pasaban y no lograba saber del paradero del Mati. Le pregunté a mis amigos y vecinos si lo habían visto por ahí y nada. Comenzaba a preocuparme hasta que alguien me contó que lo había visto hace unas dos semanas afuera de la botillería, lugar donde casi siempre lo encontraba y que estaba a pasos de su casa en la calle Fernando Massif. Me tranquilicé al saber que estaba vivo y supuse que era sólo cosa de tiempo para volver a encontrarlo. Y así fue.

Una noche apareció en la plaza donde compartía con amigos después de una pichanga. Todos los que allí estaban lo conocían, así que se acercó como de costumbre a pedir alguna moneda. Le comenté que hace varios meses lo estaba buscando para poder conversar. Me dijo que estaba trabajando un tiempo, pero que ya había regresado a casa hace varias semanas producto de una licencia médica otorgada después de sufrir un accidente laboral que involucró una de sus piernas. Me dijo que algo muy pesado le había caído encima durante las faenas en la construcción.

Se fue con un par de chauchas y caminó en dirección hacia la población Santa Julia, lugar al cual se dirigía cuando no conseguía nada o cuando “la mano estaba fome” por estos lados. Volvió después de una media hora y se unió a nuestro grupo para compartir. Estuvo varios minutos mirando el suelo para recoger las colillas de cigarrillos, esto porque la ceniza sirve como una especie de filtro para fumar pasta en estas pipas artesanales. A los minutos pidió permiso ante la mirada incrédula de todos. Se apartó del grupo y dio unos pasos para flectar sus piernas y situarse bajo los juegos infantiles del lugar. En ese sitio, prendió la pipa y apareció un singular olor, no muy agradable, similar al de un plástico quemándose. Al poco rato volvió a perderse entre los pasajes de la población, sin mencionar palabra alguna.

Así era el Mati. Efímero, sin ningún sentido de pertenencia. Nada era suyo y él no era de nadie. Su enflaquecido cuerpo caminaba en la dirección que sopla el viento, el mismo viento que eleva hasta el cielo los coloridos volantines durante la primavera florecida.

Me dirigí nuevamente a su casa al otro día para conversar tranquilamente. Una vez más los ladridos de los perros del pasaje no dejaron que mi presencia pasara desapercibida, no obstante tuve la misma mala suerte, pues nadie respondió a mis llamados frente a la reja.

Pensé que no podía dejar escapar la oportunidad de conversar con el Mati en nuestro próximo encuentro, probablemente me lo encontraría por casualidad, como siempre. Empecé a recordar nuestros encuentros y me di cuenta de que nunca vi sus ojos brillando a la luz del sol. La oscuridad de la noche albergaba esos mismos ojos tristes que pedían a gritos silenciosos una demostración de amor genuino, los cuales se esfumaban como pasta base en un codo de cobre.

En esta oportunidad no pasó tanto tiempo desaparecido. Unas dos semanas bastaron para reencontrarme un día jueves en la noche con él. Andaba en la misma de siempre, pero ahora no iba dejar pasar la oportunidad para dialogar. Me dijo que le faltaban 300 pesos para algo que no detalló. Le pasé una moneda de 500 pesos, me dio las gracias. Cuando disponía a marcharse con ese paso vertiginoso que lo caracteriza le pregunté:
- Oye Mati ¿para dónde vay? - “Pa allá pa abajo” me respondió, mientras ya caminaba hacia su destino. Le dije que necesitaba conversar con él ahora porque nunca lo encontraba en su casa, así que le propuse acompañarlo. Sabía más o menos a donde iba conseguir alguna ‘pastita’, conocía también a algunas personas que por ahí vivían. Sin ir más lejos un amigo vive junto a su padre en la calle Chuquicamata de la población Santa Julia y afuera se vende y consume deliberadamente todo tipo de droga. Hacia allá nos dirigíamos. El aspecto físico deja en evidencia a los pasteros, por lo que es fácil identificar lo que consumen. No podría saber a simple vista quienes consumen cocaína, por ejemplo, pero con la pasta base no ocurre lo mismo.

Asimismo, en la calle siguiente se pone la feria los días sábados la que recorro en ocasiones, por lo que no presentía amenaza alguna en acompañar en su periplo al Mati.

Durante la noche eso sí, el paisaje cambia completamente, pero esa realidad en ese espacio específico no me era ajena.

Te acompaño

No me respondió nada ante mi pregunta, por lo que atiné a caminar a su ritmo y a su lado. El viaje de ida se prolongó aproximadamente unos quince minutos caminando. Llegamos a una esquina y consiguió sin mayores problemas lo que buscaba. En el trayecto conversamos de cualquier cosa, me preguntaba si había visto al Mauri, un amigo mío quien era su primo.

Me contó también que sabía cómo se habían robado el trompo con el que preparaban la mezcla los maestros que trabajaban en el sector enrejando el perímetro de los block donde vivo. Me contó que alguien se había conseguido una camioneta y que entre varios lograron subirla al vehículo. Me lo contó como si hubiesen sido otras personas, pero dudo que él no haya participado.

Llegamos a sentarnos en un banquillo en la plaza donde anteriormente nos encontramos y comenzamos a conversar. Yo ya conocía algo de su historia y ya me había confesado sobre su consumo problemático, por lo que sin preámbulos me dispuse a preguntar directamente sin ningún reparo.

“La primera vez que probé un ‘mono’ fue como a las 22 años. Yo ya era papá de mi hijita. Pero cuando probé la pasta fue brigido igual. La sensación, la volá, era re loca. Quedai todo duro de una, lo malo es que el efecto dura poco por eso teni que andar viendo de donde conseguir más”, comenzó diciendo, mientras yo lo observaba detenidamente. Pude percatarme de su malograda dentadura. Tenía sus dientes manchados y le faltaban algunas piezas dentales, aunque no muchas.

Él ahora tiene 27 años y desde hace cuatro consume casi todos los días, “cuando logro enganchar algo por ahí o me sale alguna peguita”. De vez en cuando logra hacer algo de dinero cortando la maleza de algún patio olvidado o vendiendo cualquier cosa o incluso recogiendo envases retornables de cerveza “para ver si engancho algo en la boti”, me

dice. No puedo evitar mirarlo con detención. Sus movimientos corporales son poco comunes. De la nada su cabeza sus piernas realizan movimientos bruscos como si correspondiera a un tic nervioso. Mientras me habla su mirada da enormes saltos. Casi ni me mira, sus ojos se pierden como si estuviese alerta o esperando la aparición de algo o alguien. Supuse que ese era su estado previo a consumir, pues todavía no fumaba aquello que consiguió cuando lo acompañé. Pensé que sufría al no poder consumir inmediatamente después de haber conseguido ese papelillo anhelado. La angustia que le llaman se hacía presente.

- “Oye Sebita, te molesta que me fume una basura o no” - Le dije que no y era la verdad, pero no podría decir que me era indiferente. Además el olor era muy desagradable, algo de asco me provocaba. Casi sin pensar le dije mi respuesta. En seguida extrae de su bolsillo derecho el famoso papelillo, el cual despliega cuidadosamente. La luz amarilla de los focos de la plaza ilumina tímidamente un polvo blanco amarillento. El Mati prosigue con su tarea y saca una pipa en la que deposita el contenido del papelillo. Manipula con sumo cuidado este artilugio para fumar, que no es más que un codo de cobre utilizado en la gasfitería, para que no se caiga la ceniza que sirve como ‘cama’ para la dosis, de lo contrario se evaporaría, me explica. De pronto emerge una gran llama desde su encendedor que iluminó todo su rostro y de una profunda fumada consume la dosis. En el aire queda ese olor tóxico, a neumático quemado. Su cara se transformó, se calmó. Decidí mejor esperar un poco antes de continuar con el diálogo.

- ¿Cómo quedaste? - Le pregunté y me respondió “entero loco hueón la pulenta”. Le hable de cualquier cosa, esperaba que se le pasara un poco el efecto para poder continuar con nuestra interacción. Al cabo de unos diez minutos continuamos.

“Yo empecé a consumir pasta porque me gustó de primera el efecto, pero yo igual cachaba que esta huela era entera brigida. Después de a poco me empecé a meter más en la vola. Yo de cabro chico vivo con mi abuela no más, ella tiene su edad ya. Entonces yo más pendejo tenía chipe libre po hueon. Mi abuela que iba a saber de pasta base. Empecé con el huebeo porque me gustó, pero tampoco nadie estuvo ahí para decirme que parara o algo”.

Se puso de pie. Yo estaba sentado tranquilamente escuchando su relato. Mi intención siempre fue la de mantener un diálogo ameno, tranquilo, entre pares, entre dos personas habitantes de la misma población, con la misma edad. Siguiendo esa misma lógica le pregunté - ¿Por qué está tan flaco? ¿Por la pasta? - “Obvio po hueon, si con esta basura no dan ni ganas de comer, ni sed me da. A veces cuando me lanzo ando dos días sin dormir, dos días sin comer también po. Vo cachai que siempre fui flaco, pero demás que es por la vola si hay veces que como re poco. También me pasa que cuando pasa esa wea me voy acostar y estoy dos días durmiendo encerrao en mi pieza. A veces me da huea salir porque sé en lo que va a terminar. La pulenta que me resisto pero lo ‘angurri’ me la gana hueon. Es fome la wea. Yo sé que está huea me hace cagar, pero la pulenta que no puedo dejar de consumir hermano”.

Eso último que me dijo provocó en mí una impotencia tremenda. El Mati no era un cabro malo. Se metió en la pasta base por circunstancias que no me atrevo a establecer. Conozco personas que crecieron y se desarrollaron a pesar de ser criados por la abuela. Ellos no terminaron consumiendo pasta base. ¿Por qué? ¿Por qué él? ¿Cómo ayudarlo?

El niño de los ojos negros

“La única persona que me dice que me ama y que deje la droga es la Carito, la madre de mi hija. También acá en el barrio hay personas que me preguntan cómo estoy o me invitan a comer algunas veces, pero yo no acepto casi nunca. Tu papá el otro día me estuvo preguntando algunas cosas pero yo no le dije que andaba en la maldad. Nadie sabe de mi hueon. Ósea, me ven y todo pero vo cachai la vola porque reconocer a un pastero igual no es tan difícil. Vo me vei asi flaco pa la caga. La primera wea que piensa uno es a este weon es pastero. Pero algunos viejos no cachan esa volá y está bien, no tienen por qué conocerla. Vo cachai también porque ahora los weones se ven por acá po. Antes la volá era más piola se fondeaban pa consumir. Vay a la santa julia y afuera en la calle donde juegan los niños a la pelota o andan en bicicleta están los weones fumando pasta. Y se hacen esclavos de los weones que los ocupan como soldados pa ganarse unos pesos. Pesos que se cambian por pasta de una.”, volvió a tomar asiento. Impaciente e intranquilo estaba nuevamente. Al parecer el efecto de la droga en ese instante era mínimo.

Su aspecto era como el de un niño. No puedo evitar sentir una profunda tristeza al escuchar el relato y mirar sus ojos. Cuando miré al Mati detenidamente vi a un niño. Sus ojos eran espejos que reflejaban esa ingenuidad propia de los niños, quienes aún no ven ensuciar sus existencias por la sociedad que lanza piedras de barro. Aquel niño que me encontraba en la feria de Ramón Cruz ahí estaba, frente a mí, mirándome a los ojos. Tuve las ganas de cogerlo por entre medio de las pupilas para liberarlo y darle un abrazo eterno. Imaginaba que una muestra de amor hacia él en ese tiempo de breve existencia podría generar algo distinto en un futuro que es ahora presente. Si esto hubiese pasado, no se las consecuencias que traería. Quizás nunca hubiese conocido la pasta, o quizás sí. No tengo la certeza.

También quería abrazarlo como el mar a las rocas, porque sentía la necesidad de pedirle perdón. Le fallé y la sociedad de la que soy parte también le falló, y más aún, lo mató. Asesinó al pequeño Matías que creció en un pasaje con casas bonitas donde los niños jugaban en la calle sin problemas porque casi no circulaban vehículos, asesinó a ese joven apagando sus sueños, dejándolo en la penumbra densa de la adicción.

“Siempre me gustó la música. En el colegio me iba súper bien en ese ramo me gustaba, pero después fui papá y más encima me metí en la volá y lo deje botao. Como a casi todo. Me duran poco las pegas, pero ahí me la rebusco pa moverme con algo. Hay que sobrevivir po”, me cuenta mientras mira al suelo como si estuviera avergonzado. Luego le preguntó sobre sus motivaciones en la vida y como se ve en 10 años más a lo que me responde, “puta no se hueon. Igual difícil la pregunta. Cacha que no lo había pensao”, piensa un poco en silencioso y continua, “puta la motivación que yo tengo es mi hijita, por ella yo vivo, pero yo sé que no me he portao muy bien con ella. Si me preguntai ahora que lo que pienso casi siempre es en consumir y en mi hijita. Esas dos ideas están en mi cabeza, no pienso en otra cosa. Lo malo es que esta wea de la pasta me la gana. Puta y en el futuro me gustaría tener mi casita, vivir tranquilo. Sin estas ganas de consumir po. Yo lo quiero dejar.

- ¿Alguna vez has buscado ayuda? - le pregunté. “Puta no mucho. He ido a la unas hueas pero después las dejo tirá. Es que no sirven pa niuna huea esas cuestiones, ósea pa mí no me sirven, puro bla bla los hueones”.

Tenía ganas de terminar la conversación el Mati. No me lo dijo explícitamente, pero su lenguaje corporal así me lo señalaba. Estaba de pie, caminaba de lado a lado, desviaba su mirada hacia alguna calle cuando escuchaba o presentía que alguien se aproximaba. Pensé que no lo iba a poder retener por mucho tiempo.

Le di la mano y lo abracé afectuosamente. Creo que lo percibió no sin sorprenderse, pues nunca antes nos abrazamos. Le di las gracias por su sinceridad. - “cuando querai Sebita, gracias igual a ti por escucharme. No recuerdo haber hablado antes de esto con alguien, así que igual bacan. Ahí nos vemos mi huacho”. Y se perdió como siempre, hacia la dirección de siempre.

CONCLUSIÓN

Estas cuatro historias presentadas anteriormente retratan un contexto inexplorado y desconocido para una gran parte de la población de nuestro país. Al interactuar con individuos pertenecientes a diferentes contextos socioculturales hemos observado el desconocimiento total por parte de sujetos que están aparentemente fuera de esta realidad, ante un problema que diariamente destruye las vidas de consumidores de droga y su entorno. Este hecho ha sido una de las razones por las cuales decidimos realizar este trabajo.

Presentar una serie de datos y estadísticas respecto a el incremento o declive del consumo de pasta base, y quedarnos en el análisis cuantitativo de éstos extrayendo conclusiones, quizá nos alejaba en cierta medida del objetivo de este trabajo que se acercaba más a una aproximación a los contextos, procesos y realidades socioculturales que nos entregan diferenciación – y no sólo tipificación- al momento de esbozar caminos para el aporte en el diseño de una política seria de drogas ilícitas.

Cabe señalar, que nuestra intención nunca estuvo ligada a realizar una apología de la pasta base, ni situarnos desde una mirada asistencialista frente a los drogadictos y menos establecer juicios de valor. Cada uno de los personajes entrevistados, sin excepción, se mostró entusiasmado con participar deliberadamente de este proyecto, todos ávidos de contar sus propios procesos. Ellos coinciden en que esta es una realidad que se invisibiliza por una gran parte de la sociedad hasta el extremo de negar su existencia, por ello las ganas de ayudar con sus relatos en esta realización que además trajo consigo un acto catártico por parte de nuestros personajes, quienes se abrieron a contar sus vivencias a personas que utilizarían sus relatos de una manera diferente a la que acostumbraban.

Basándonos en nuestra experiencia y lo que observamos, podemos identificar los modelos de comportamientos que suceden en ambientes marginados, donde pareciera que el problema de las drogas se circunscribe solamente al espacio comprendido dentro de las poblaciones chilenas. Sin embargo, nos atrevemos a señalar que en las poblaciones es donde se consume y también se adquieren las sustancias adictivas. Entonces, en este sitio se hace casi imposible abstraerse del entorno relacionado con la drogadicción. Existen

otros tipos de consumidores también que no se dejan ver y que se encierran en sus espaciosas casas vacías lejos de los caminos sin pavimentar.

Sin duda este trabajo significó un aprendizaje desde todo punto de vista. Nos atrevemos a decir que todos los que participamos de esta obra nos despojamos de nuestras estructuras heredadas. Aprendimos a desaprender y con ello, aprendimos también a desnudarnos y mostrarnos como seres humanos, sin etiquetas, más bien como pares. Lástima que se le otorgue tanto valor a algo que debiera ser inherente a nosotros como sujetos, sin embargo nos quedamos con el amor recibido y por sobre todo con la esperanza de recuperar esa humanidad extraviada.

De alguna manera, a modo de síntesis, podemos argüir que es necesario incluir dentro de las aproximaciones y formas de abordar el problema de las drogas en nuestro país las circunstancias, contextos, memorias, anécdotas, perfiles socioculturales y testimonios tanto de los afectados como de terceros; ya que constituye una mirada central para trabajar la diferenciación y caracterización del tipo de consumidores y sustancias que tratamos. No basta sólo con quedarnos en los datos duros que modelan escalas de control y proyectan los ciclos de vida del trauma, si queremos perfeccionar un tratamiento haciéndolo más eficaz para atacar la raíz del problema. En oposición, la actual mirada de la política de drogas, se centra en buscar la simplificación de las causas y efectos, continuando la linealidad tanto en el tratamiento de posibles salidas como en el mensaje que se debe entregar a susceptibles consumidores futuros insertos en un contexto enfermo aún con oportunidad y esperanza de sanarse.

BIBLIOGRAFÍA

Salazar, Gabriel (2007): “Ser niño "huacho" en la historia de Chile (siglo XIX)” Lom Ediciones

Durkheim, Émile (1928): “La división del trabajo social” Ediciones LEA

Barrales, Luis (2007): “H.P (Hans Pozo)” CELCIT Dramática Latinoamericana 413.



Prof. Raúl Rodríguez O.
Jefe de Carrera Escuela de Periodismo
Instituto de la Comunicación e Imagen
Universidad de Chile
PRESENTE

A continuación le informo la evaluación de la memoria de título "*Caminando en círculo*", de los estudiantes Felipe Faundez y Sebastián Vera, trabajo guiado por la profesora María Eugenia Dominguez en la categoría Reportaje Periodístico:

	ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1	Pertinencia y relevancia del tema	Interés público y enfoque.	10%
1.2	Investigación y reporteo	Técnicas de reporteo, calidad y cantidad de fuentes, rigurosidad en el tratamiento de la información	40%
1.3	Estructura y presentación	Coherencia narrativa, fluidez y formato.	25%
1.4	Redacción	Estilo narrativo, recursos estilísticos y calidad de la redacción	25%

Excelente 7.0–6.5; Muy Bueno 6.4–6.0; Bueno 5.9–5.0; Aceptable 4.9–4.0; Deficiente 3.9- 3.0

Item	Nota	Valor
1.1	7,0	0,7
1.2	5,8	2,3
1.3	6,0	1,5
1.4	6,0	1,5
Nota Final		6,0



COMENTARIO

Se trata de un trabajo centrado en el testimonio y la microhistoria de la pasta base. Desde allí, logra un trabajo comprometido con los testimoniantes y que también expresa la sensibilidad de sus autores. Quizás, más alejado del reportaje que del relato biográfico, se trata sin embargo de un trabajo serio y logrado.

Felicitaciones

Por todo ello, califico esta memoria con un seis coma cero (6,0)

Atentamente,

María Eugenia Domínguez Saul

Santiago, 05 de enero de 2018



Prof. Tania Tamayo G.
Jefe de Carrera Escuela de Periodismo
Instituto de la Comunicación e Imagen
Universidad de Chile
PRESENTE

A continuación le comunico a usted la evaluación de la memoria de título "Caminando en Círculo" de los estudiantes Felipe Faúndez y Sebastián Vera, en la categoría Crónica Periodística:

ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1 Pertinencia y perspectiva	Aun cuando el tema no es cien por ciento original y su relevancia o pertinencia disminuye al ser un tema tan profusamente trabajado en distintos formatos, la perspectiva desde la intimidad de los protagonistas, le da una particularidad.	10%
1.2 Reporteo y técnicas periodísticas	El tratamiento y la recolección de fuentes es la correcta. No obstante, no hay mayor investigación. El trabajo pierde mucho al ser solo el relato de la vida íntima de los cuatro protagonistas y la mirada de los autores. No hay contexto respecto de la realidad nacional, no hay investigación, ni reporteo que permita entender la realidad de la pasta base en Chile y la gravedad de su alcance. Datos duros que perfectamente podrían haberse mezclado con la narración.	35%
1.3 Estructura	La estructura es básica. Se trabaja por caso. La conclusión y la introducción no solo presentan distintos lenguajes, sino, distintas maneras de aproximarse al contenido de los cuatro capítulos.	25%
1.4 Narrativa y estilo	Buena redacción. Hay momentos de escritura excesivamente literaria y otra académica.	30%

Excelente 7.0-6.5; Muy Bueno 6.4-6.0; Bueno 5.9-5.0; Aceptable 4.9-4.0; Deficiente 3.9- 3.0

Item	Nota	Valor
1.1	60,0	6,0
1.2	40,0	14,0
1.3	50,0	12,5
1.4	60,0	18,0
Nota Final		50,5

COMENTARIO



Es una aproximación original al tema, pero hace un relato falto de contexto.

Atentamente,

Tania Tamayo G.

Santiago, 27 de diciembre de 2017



Prof. Tania Tamayo G.
Jefa de Carrera Escuela de Periodismo
Instituto de la Comunicación e Imagen
Universidad de Chile
PRESENTE

A continuación le comunico a usted la evaluación de la memoria de título “Caminando en círculo. Cuatro historias vinculadas al consumo de pasta base en Chile” de los estudiantes Felipe Faúndez Mansilla y Sebastián Vera Gamboa, en la categoría Crónica Periodística:

ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1 Pertinencia y perspectiva	Relevancia y originalidad del tema; perspectiva narrativa y anclaje social, político o cultural)	10%
1.2 Reporteo y técnicas periodísticas	Recolección de la información, tratamiento de fuentes, uso de entrevistas, diálogos, observación	35%
1.3 Estructura	Orden narrativo, construcción del texto y ejes argumentativos	25%
1.4 Narrativa y estilo	Calidad de la redacción, recursos estilísticos y literarios, creatividad)	30%

Excelente 7.0–6.5; Muy Bueno 6.4–6.0; Bueno 5.9–5.0; Aceptable 4.9–4.0; Deficiente 3.9- 3.0

Item	Nota	Valor
1.1	7,0	0,7
1.2	7,0	2,5
1.3	6,5	1,6
1.4	7,0	2,1
Nota Final		6,9

COMENTARIO

La memoria evaluada constituye un trabajo periodístico de excelencia. Aborda una temática de descomposición social frecuentemente tratada por los medios masivos (de manera criminalizante y sensacionalista) con una mezcla virtuosa y milimétrica de empatía y distancia, involucramiento y observación. El texto logra meterse en la microhistoria de la pasta base en Chile y transforma algo siempre presentado sea con frías cifras o con paternalistas llantos y tragedias, de una manera mucho más compleja, esto es, en biografías de vida que muestran los grises de la existencia humana (en el fondo, la droga puede resolver y arruinar vidas). Dicho eso, hubiera enriquecido mucho



al texto alguna breve sección en que se relatara la historia macro de cómo / cuando se introdujo la pasta base en Chile, junto con ciertas estadísticas, pues de esa manera se podría valorar mucho mejor el valor de esas historias particulares y el texto adquiriría cierta dimensión nacional.

La muestra de sujetos está muy bien seleccionada: una traficante, una madre de adicto, un adicto reconvertido en terapeuta y un adicto actual. Es decir, hay perspectivas diversas que permiten al lector hacerse su propia idea y no simplemente recepcionar conclusiones cerradas.

Ahora bien, se echa de menos alguna explicación (aunque fuera breve) en la introducción de porqué fueron elegidos esos sujetos, así como una breve presentación de cada uno de ellos, de modo de no toparse con ellos de golpe en cada capítulo. Es muy útil adelantar contenidos en la introducción, pues de esa manera el lector puede ir preparando mejor su interpretación. En relación a ello, creo que los títulos de los capítulos son algo pobres y demasiado genéricos, pues no informan suficientemente la especificidad de cada caso. Salvo el primer caso, en que se nos dice que es una madre de familia. Pero en los siguientes, son títulos que podrían calzar con cualquier historia de cualquier persona de cualquier lugar.

La presentación de cada caso está muy bien estructurada, por cuanto pone énfasis central en la crianza de las personas y en el ambiente social en que se formaron. Efectivamente, creo que eso, más que las características de personalidad de cada individuo, explica los diferentes fenómenos sociales. Solo dos observaciones en ese punto: faltó subrayar la edad de los entrevistados y señalar en qué trabajan los padres, esos datos ayudan mucho a completar el perfil de las personas.

En cuanto a las técnicas de recopilación de información, los estudiantes manejaron con gran habilidad la técnica de la entrevista abierta en profundidad. Efectivamente nos metemos en el detalle de la vida de las personas, que no solo describen sus biografías y condicionantes, sino que logran evaluarse, hacer autocrítica, proyecciones, etc. En resumen, cada caso tiene una profundidad fundamental, que permite que no saquemos conclusiones fáciles sobre el tema droga y que refuerzan la idea de que cada caso es distinto y tiene sus factores particulares. (Hubiera sido útil para el lector señalar al final del texto los detalles básicos de las entrevistas: sujetos, fechas, lugares, etc.). Junto con ello realizaron verdaderas etnografías, puesto que no se quedan solo con lo declarado por los sujetos, sino que realizaron observación de los ambientes, que también son importantes protagonistas de todas estas historias. En el fondo es un trabajo 100% social, que permite hacer complejas vinculaciones, construir todo un entramado que explica el fenómeno droga: vivienda-abandono-abusos-cárcel-pobreza-economía-consumo-redes de tráfico-policías-corrupción-asistencia social-juventud, etc.

Una de las virtudes principales del texto es su equilibrio entre el yo y el ellos, es decir no es un investigador-narrador pesado que aplasta a sus sujetos (con muchos comentarios, interpretaciones, etc.), pero tampoco es uno que desaparece y evita el



pronunciamiento, como si el entrevistado estuviera hablando solo. En ese sentido, hay una correcta alternancia en el texto entre párrafos autorales y citas de los entrevistados.

La narrativa y el estilo es otro de los puntos fuertes del texto. Se lee con claridad, hay un uso muy variado del léxico. Los autores tienen una gran capacidad descriptiva. Si bien a veces puede ser repetitivo el recurso a expresar la "humanidad" de los personajes, lo hacen sin caer en lo heroico. De alguna manera el texto logra ser conmovedor sin caer en los clichés habituales del periodismo y ahí está uno de los principales aciertos del trabajo

Eso sí, deberían moderar la enumeración de tanto detalle gráfico. A veces es completamente irrelevante saber, por ejemplo, que hay niños jugando en la plaza mientras conversan con el entrevistado. La crónica no debiera confundirse con un guión de cine donde, efectivamente, necesitamos tener todos los detalles gráficos.

Por último, una cuestión formal no menor: deben numerar las páginas!

Atentamente,

Jorge Iturriaga

Santiago, 21 de diciembre de 2017